

Canelo, Paula. ¿Dónde está el enemigo?: la rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-1995. Informe final del concurso: Culturas e identidades en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO. 2001.
Disponible en la World Wide Web:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2000/canelo.pdf>



RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

¿Dónde está el enemigo?: la rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-1995.

Paula Canelo*

*“No puedo mentirles: Llego con ganas de hablar poco.
Porque tengo ganas de hacer mucho.”
Carlos Saúl Menem (4 de octubre de 1990)*

Introducción

Durante la década de los noventa la sociedad argentina fue objeto de una verdadera transformación estructural, que produjo cambios de una intensidad desconocida en nuestro país, consolidando una tendencia que venía desarrollándose desde mediados de la década de los setenta. En efecto, en el plano económico, el paquete de reformas estructurales aplicado por la Administración menemista (1989-1999) (cuyos principales componentes fueron la ley de Reforma del Estado y el Plan de Convertibilidad) provocaron la transformación radical del espectro productivo, el control de la inflación y, fundamentalmente, la creciente concentración y centralización del capital, sustanciadas en la obtención de rentabilidades extraordinarias por parte de un conjunto reducido de agentes económicos¹. En el plano social, esta década se caracterizó por el aumento inédito de la pobreza y la marginalidad, en un marco de creciente precarización del mercado de trabajo y de caída del empleo, de consolidación de una estructura distributiva profundamente desigual y de fragmentación y polarización de la estructura social². Por último, en el plano político e institucional, la segunda transición democrática evidenció que el ciclo de alternancia democracia-dictadura que había caracterizado la escena política argentina desde la intervención militar de 1930 había llegado a su fin: sin embargo, la Administración menemista desplegó un estilo de gobierno de rasgos autoritarios y personalistas, y negoció directamente con los sectores con capacidad de presión, acrecentando la ya notoria debilidad de las instituciones democráticas³.

La resultante de este conjunto articulado de componentes fue, sin dudas, devastadora. A partir de los noventa se implementaron y consolidaron los principales componentes del proyecto excluyente y conservador que se había iniciado durante la última dictadura militar (1976-1983), aplicado al ritmo de los intereses de las fracciones más concentradas del capital nacional y transnacional y en perjuicio de crecientes sectores sociales que, sin embargo, continuaron otorgando legitimidad al mismo, en un marco de debilitamiento de la conflictividad social. El gobierno de Carlos Menem logró, dentro de un marco de legitimidad democrática, crear las condiciones de gobernabilidad que hicieron posible la implementación de procesos reestructuradores de inusual magnitud. Por un lado, y en particular a partir de 1991, entabló una sólida alianza con los sectores que componían el establishment económico; por el otro, luego de ganar las elecciones presidenciales de 1989 con un programa de neto corte populista, conservó y profundizó sus vínculos con los sectores populares, quienes eran, paradójicamente, los más perjudicados por las medidas aplicadas. De esta manera, el menemismo operó como una suerte de “agregación de consensos”, sumando apoyos en forma progresiva y conservando los anteriores, agregación en la cual fueron incluyéndose grupos sociales cuyos intereses (al menos a simple vista) resultan básicamente antagónicos.

* Licenciada en Sociología en la Universidad de Buenos Aires (UBA), Docente de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Esta contradicción ha intentado ser explicada por algunos autores como resultado de la transformación de las identidades tradicionales, entre ellas, la peronista (Aboy Carlés, 1998; Martucelli y Svampa, 1997; Palermo y Novaro, 1996; Portantiero, 1995). Según esta óptica, a partir de la década del setenta se asiste a un proceso de creciente desarticulación de los principales criterios de clivaje político que habían expresado los antagonismos tradicionales: peronistas/antiperonistas, liberales/nacionalistas, civiles/militares, imperialistas/antiimperialistas, privatistas/estatistas, etc., proceso que es finalmente consolidado por el episodio hiperinflacionario de 1989. La hiperinflación significó la culminación del proceso histórico que se había iniciado durante la segunda posguerra (Halperin Donghi, 1994) e implicó, entre otros profundos cambios, la desarticulación de los principales criterios de clivaje político que lo habían caracterizado. Luego de la caótica experiencia soportada por nuestra sociedad durante el episodio hiperinflacionario, los principales sectores sociales se encontraron en una virtual situación de “disponibilidad” (Palermo y Novaro, 1996), volviéndose predominantes las demandas de orden y estabilidad en la urgente necesidad de recomponer los poderes públicos y aventar la incertidumbre (Aboy Carlés, 1998). A partir de su llegada al poder, el menemismo se habría encontrado, entonces, con un campo identitario desarticulado y “disponible”, sobre el cual operó una profunda rearticulación.

En este contexto, nos interesa reflexionar alrededor del menemismo como un fenómeno de rearticulación de los clivajes políticos, que permitió la desactivación de los antagonismos sociales y la conformación de una suerte de “coalición”⁴ paradójica y contradictoria, integrada, por un lado, por el establishment económico y, por otro, por los sectores populares, articulada por la figura del líder. El objetivo del presente artículo es indagar en las condiciones político-discursivas que hicieron posible esta rara confluencia y las estrategias mediante las cuales el discurso del presidente Menem interpeló a estos sectores delimitando interlocutores, rearticuló su alineamiento político y sus identidades y definió al “adversario” social, entendido como aquel grupo que se percibe como portador de intereses contrapuestos y como una “amenaza” a la concreción de los propios objetivos. Si, como señala Sidicaro, “la existencia de un proyecto gubernamental de reestructuración de la economía y de la sociedad que produce efectos de deterioro de las condiciones de vida de una parte importante de los sectores sociales que le brindan apoyo político es, por cierto, un tema de inocultable atractivo para el análisis sociológico” (Sidicaro, 1995, pág. 122), consideramos que no resulta menos interesante indagar, además, bajo qué condiciones es posible compatibilizar este deterioro con el enriquecimiento creciente de un núcleo cada vez más reducido y concentrado de “beneficiarios”. Lejos de formularnos esta pregunta en términos instrumentalistas, y por lo tanto monológicos, del voto y de las adhesiones políticas en general (lo que nos llevaría a concebir el interés o la conveniencia como motivación excluyente de las adhesiones políticas) intentaremos rearticular esta cuestión para incorporarla al campo de análisis de las identidades políticas.

Entendemos que el menemismo, a partir de una particular rearticulación del escenario político y de la redefinición de los clivajes e identidades tradicionales que operaban sobre el mismo, posibilitó la confluencia entre los intereses históricamente antagónicos del establishment económico y los sectores populares, confluencia que observaba como articulador principal y excluyente a la figura del líder. Sostenemos que es en la constitución de esta particular confluencia en la que puede basarse gran parte del éxito alcanzado en la implementación de las reformas estructurales de los noventa: en efecto, el principal rasgo de la rearticulación del campo político operado por el menemismo fue la expulsión del campo político del adversario social, entendido como el “otro” en disputa, portador de intereses contrapuestos.

El presente artículo consta de cinco apartados. En primer lugar, recuperando una perspectiva histórica que nos permita desentrañar los complejos avatares que confluyen en la sociedad argentina de los noventa, proponemos al lector una veloz recorrida por los diferentes clivajes políticos que atravesaron la sociedad de posguerra en Argentina y, en segundo lugar, apuntaremos algunos indicios sobre su rearticulación a partir de los dos hitos fundamentales de su crisis: el Proceso de Reorganización Nacional y la hiperinflación de 1989. En tercer lugar, nos introduciremos en el debate intelectual sobre el menemismo y en su incansable búsqueda de la clave interpretativa peronista, que lejos parece estar de haber agotado su riqueza explicativa. Luego nos abocaremos al análisis del período que se abre con el inicio de la Administración menemista, intentando establecer los puntos clave de su asombroso derrotero político, delimitando subperíodos e identificando las coyunturas críticas que, en cada caso, nos permitan avanzar en la comprensión del interrogante que aquí nos ocupa. Para ello, hemos concentrado nuestra atención en los discursos presidenciales del periodo bajo análisis, que han sido analizados en base a ciertas categorías de la Teoría del Discurso⁵. Finalmente, en las conclusiones, el lector encontrará algunos elementos de aporte al debate sobre el fenómeno menemista, en clave política.

Clivajes políticos y sociedad de posguerra en la Argentina

La escena política argentina, contemplada desde una perspectiva histórica, se caracterizó por la presencia de distintos clivajes políticos a partir de los cuales se definieron sucesivos (y más o menos relevantes según los casos) escenarios de confrontación política y social. Dichos clivajes (que se volvieron particularmente poderosos a partir de la constitución del peronismo como una de las identidades más activas y perdurables) operaron como ordenadores ideológicos del conflicto social y le otorgaron contenido simbólico a las disputas políticas y sociales que se produjeron. De esta manera, dicotomías tales como civilización/barbarie, europeo/hijo de criollo, élite/masas, nacionalistas/liberales, civiles/militares, oligarquía/pueblo, peronismo/antiperonismo, desarrollo/dependencia, imperialismo/antiimperialismo, democracia/dictadura, privatistas/estatistas, etc., operaron como matrices políticas de codificación del conflicto a lo largo de décadas, durante las cuales unas sustituyeron a otras, o las desplazaron, o las resignificaron, operándose complejos procesos de superposición y apropiación entre las mismas. Todos estos clivajes intentaban dar cuenta de diversos (y más o menos definidos) enfrentamientos políticos, y poseían la particularidad de contraponer un “nosotros” contra un “ellos”, construyendo grupos de pertenencia y adversarios a partir de los cuales desarrollar estrategias de acción concretas, delimitando ciertos repertorios materiales y simbólicos que permitieran la identificabilidad de los sujetos presentes en el enfrentamiento por parte de otros sujetos involucrados en la disputa. Todos ellos poseían pretensiones totalizantes (disputaban la encarnación del todo, de la verdad, de la unidad) y otorgaron códigos de interpretación de la realidad que constituyeron ideologías perdurables e identidades colectivas relativamente estables.

La experiencia de los dos primeros gobiernos peronistas (1946-1955) implicó, por cierto, una profunda rearticulación económica, política y social, y sentó las bases para el inicio de un extenso, complejo y prolífico período histórico que ha sido caracterizado como “sociedad de posguerra”. Su principal rasgo fue el de articularse a partir de lo que ha sido denominado como “Estado populista”: a grandes rasgos, un Estado fuertemente interventor y orientador de los procesos económicos, promotor de la primera etapa del llamado Modelo de Industrialización Sustitutiva de Importaciones, basado en la puja distributiva, en el mercado interno y marcadamente incluyente en términos sociales. El modelo peronista se basó en la constitución de una poderosa coalición, entablada entre el Estado, los sindicatos y las organizaciones empresariales. El nuevo “consenso peronista” y su correspondiente modelo económico y de gobernabilidad reemplazaron así al “consenso liberal” anterior. Al mismo tiempo, la escena política sufrió una profunda transformación a partir de la irrupción de la identidad peronista en su seno, la cual se colocó en el centro mismo del escenario político, obligando a los restantes actores a pronunciarse al respecto y a considerarla necesariamente como eje de referencia (Palermo y Novaro, 1996). Por cierto, la reacción ante esta irrupción nació conjuntamente con ella: el antiperonismo, agregado complejo y errático que pasó a definirse sólo por su opuesto y que, al igual que el peronismo, se caracterizó por prescindir de la distinción ideológica tradicional entre derecha e izquierda.

A partir de 1955, con el derrocamiento de Perón a manos de la Revolución Libertadora, se inicia un período signado por la superposición y agudización de un entramado complejo de crisis (Pucciarelli, 1997), el cual ha sido comprendido a partir de dos ópticas principales. En primer lugar, y desde una perspectiva que reconoce la ruptura de la “hegemonía” peronista a partir del ‘55, autores como O’Donnell, Portantiero y Rouquié sostienen que la principal característica de la etapa que se abre es la de una situación de “crisis de hegemonía”, “crisis de dominación” o “empate hegemónico” (O’Donnell, 1977 y 1982; Portantiero, 1977; Rouquié, 1978). En efecto, a partir de la caída del peronismo ningún proyecto político logra constituir un orden político estable que lo legitime y reproduzca, crisis política que se suma a la crónica inestabilidad económica, dada por una estructura productiva fuertemente desintegrada que se expresa en un modo de funcionamiento cíclico caracterizado como de stop&go, no pudiendo encarnarse un proceso de crecimiento y acumulación capitalista estable (Braun, 1975; Diamond, 1973; Pucciarelli, 1997). La segunda óptica que indicábamos está dada por aquellos que señalan que el peronismo no fue capaz de articular un verdadero consenso ni un esquema de gobernabilidad perdurable, dadas las resistencias de amplios sectores a ser incorporados a un régimen inevitablemente centrado en el mismo⁶: he ahí el origen de la crisis crónica que se abre a partir de la Revolución Libertadora, tanto a nivel político (con las consiguientes alternancias democracia/dictadura y la sucesión de gobiernos que no pueden gobernar contra el peronismo pero tampoco para él, con la consiguiente primacía del clivaje peronismo/antiperonismo) (Sigal y Verón, 1988) como a nivel económico (caracterizado por permanentes ciclos recesivos) (Palermo y Novaro,

1996). Más allá de los diferentes énfasis explicativos, ambas ópticas coinciden en que el período de posguerra se nutre de una crisis compleja, profunda y sin final previsible.

Si bien a partir de la década del sesenta sucesivos proyectos políticos ensayan diversas estrategias de solución, apoyados en distintos diagnósticos acerca de la naturaleza de la crisis, entre los cuales se destacan la Revolución Argentina (1966-1973), el Gran Acuerdo Nacional (1972) y el tercer gobierno peronista (1973-1976), todos ellos fracasan, agudizando el conflicto que buscan resolver. Los sectores dirigentes argentinos no lograban recomponer los canales tradicionales de control social, los partidos políticos no lograban seducir a los sectores populares, y la proscripción política del peronismo sólo podía agravar la situación. Esta compleja situación se plasmaba en un poderoso aumento de la conflictividad política y social, en un marco de creciente desinstitucionalización de la misma, dada la debilidad de las formas organizativas de mediación entre el Estado y la sociedad, los partidos políticos y las corporaciones sindicales y la aparición de nuevas formas y repertorios de protesta política, entre las cuales las organizaciones armadas inspiraban, por cierto, las mayores tribulaciones.

Aunque la dicotomía peronismo/antiperonismo se había convertido en el clivaje más relevante de codificación de esta conflictividad a partir de 1955, subordinando a otros clivajes, la centralidad de este enfrentamiento comienza a diluirse a partir de la llegada de Perón al poder en 1973⁷ (luego del fracaso del Gran Acuerdo Nacional y de la efímera “primavera camporista”), quien ejercita un intento de actualización de la coalición populista originaria basada en la redistribución progresiva del ingreso a partir de pactos entre el Estado y las organizaciones de la burguesía industrial de capital nacional y los sindicatos. Replegado el antiperonismo en sus cuarteles de invierno, la relevancia y centralidad del peronismo como actor en la escena política fue de tal magnitud que el principal clivaje político se articuló en su interior, fundamentalmente entre sus alas derecha e izquierda (De Riz, 1981). Con el fracaso del Plan Gelbard y la muerte de Perón en 1974, la posibilidad de una salida por los cauces institucionales, que había sido deseada por los civiles y que se había mostrado inevitable para los militares luego de reiterados fracasos autoritarios, se esfumó velozmente: la disgregación social, la esquizofrenia económica, la impotencia estatal y los patéticos intentos de la viuda de Perón por recomponer bases mínimas de estabilidad del sistema, legitimaron la posibilidad de un nuevo golpe de Estado.

Crisis de la sociedad de posguerra

Dos son, a nuestro entender, los momentos históricos claves para entender el quiebre definitivo del Estado populista y su correspondiente modelo de acumulación: el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) y el episodio hiperinflacionario de 1989. Si bien la profundidad e irreversibilidad de los cambios sociales, políticos y económicos producidos en la Argentina a partir de las medidas aplicadas durante la última dictadura militar sentaron las bases para lo que ocurriría en la Argentina a partir de la gestión menemista (durante la cual se consolidarían dichas tendencias a partir de la aplicación de las reformas estructurales), fue necesaria la hiperinflación de 1989 para rearticular los intereses de los agentes económicos dominantes, operar el disciplinamiento microsocio necesario para la implementación de dichas reformas sin resistencia y para terminar de articular un fuerte consenso interno alrededor de la “incapacidad” e “ineficiencia” del Estado populista, aún en su función primordial de organizador y garante de las relaciones sociales.

El Proceso de Reorganización Nacional, en íntima coincidencia con el diagnóstico de los sectores dominantes, consagró como blanco principal al Estado populista y, fundamentalmente, a la forma particular de constitución de sujetos y actores sociales y políticos a él ligados. La feroz combinación de una política económica desindustrializadora, aperturista y orientada por los intereses de las fracciones más concentradas del capital, con una política represiva dirigida selectivamente a desactivar el campo de conflictividad social y política que había caracterizado a la Argentina durante las décadas anteriores, fueron los principales instrumentos de la eficaz reestructuración emprendida por los militares. Bajo el prisma militar, sólo la adhesión manifiesta, absoluta e incondicional al régimen era aceptable: todo lo demás, era “subversión” y debía ser expulsado fuera del campo político, al cual se buscaba unificar alrededor de los “valores” permanentes e inmutables encarnados en la corporación castrense. Sin embargo, las salvajes disputas internas, el agotamiento del plan económico, el fracaso de la salida política concertada con los civiles, los reclamos crecientes de los organismos de derechos humanos nacionales e internacionales y, finalmente, la debacle de Malvinas, conllevaron a que, en 1983, los militares debieran entregar nuevamente el mando a una administración civil.

A nivel político, la recuperación de la democracia y la inevitable interrogación acerca de sus oportunidades y amenazas ocuparon el centro de la escena, y la alternativa democracia/autoritarismo fue el clivaje más relevante, desplazando definitivamente a aquella otra de peronismo/antiperonismo que había comenzado a debilitarse a comienzos de la década del setenta. Sin lugar a dudas, la promesa democrática constituyó en esos años un eficaz recurso simbólico ante la devastación provocada por la dictadura militar, revitalizando y revalorizando, entre otras, las nociones de participación política, ciudadanía, espacio público, pluralismo y tolerancia, y resignificando y apropiándose incluso de ciertos elementos claves de la retórica peronista, tales como la “justicia social”, contra el “autoritarismo corporativo”. Pero esta eficacia simbólica no bastaba para aventar las amenazas que se cernían sobre el desafío democrático: luego del fracaso del Plan Austral, los condicionamientos económicos, que habían sido soslayados en virtud de los imperativos políticos, pasarían a primer plano (Borón, 1988; Portantiero, 1994), principalmente en sus aspectos más acuciantes de desequilibrio fiscal e inflación. Finalmente, sería la puja corporativa la que minaría las bases de la ingeniería alfonsinista, para, finalmente, liquidarla con un último y contundente “golpe de mercado”: la hiperinflación de 1989.

El estallido hiperinflacionario de 1989 es tal vez uno de los ejemplos más acabados y poderosos de cómo la lucha política invade el plano económico y se expresa en esos términos. La hiperinflación fue la expresión de un conflicto (político) al interior de los sectores dominantes que se manifestó económicamente y, al mismo tiempo, un poderoso instrumento de disciplinamiento social: la profundidad de dicha crisis alteró las bases mismas de los criterios orientadores de las relaciones sociales y políticas, a partir de un cambio en los esquemas de reconocimiento, intereses y demandas y los patrones de conducta, expectativas y perspectivas de los actores (Palermo y Novaro, 1996). La profundidad de la situación de disponibilidad en la que se encontraban amplios sectores sociales, listos para ser rearticulados y reconducidos, sólo sería percibida una vez que se iniciara la experiencia menemista y su propuesta de cambio estructural. De los avatares de esa reestructuración nos ocuparemos en el cuarto apartado. Antes, le proponemos al lector un recorrido por la perplejidad.

El menemismo: apuntes sobre la perplejidad

Peronismo y menemismo

Las ciencias sociales han encontrado no pocas dificultades en su intento por descifrar la naturaleza del fenómeno menemista, dificultades que pueden ser homologadas a aquellas que signaron la producción académica alrededor del fenómeno peronista que se manifestara a partir de 1945. A partir de 1989, los intelectuales asistieron atónitos a la puesta en práctica de un conjunto de medidas de carácter refundacional por parte de un fenómeno que se autoproclamaba heredero del ideario peronista, que cambiaría profundamente la política, la sociedad y la economía argentinas.

A partir de la identificación de lo que se dio en llamar el “menemismo” como un fenómeno diferenciado, la reflexión se entabló alrededor de lo que consideramos la matriz principal que orienta los análisis sobre el tema: con un énfasis comparativo, se intenta determinar las posibles continuidades y rupturas que este fenómeno contempla en relación con el peronismo tradicional y el populismo.

Alineadas tras este énfasis común, pueden distinguirse tres líneas principales. En primer lugar, cierto grupo de autores sostiene la fuerte discontinuidad entre los liderazgos de Perón y Menem, separados por la incomparabilidad entre la Argentina de la posguerra y la correspondiente al modelo neoliberal. De esta manera, con la aplicación de las medidas privatizadoras y la fervorosa adhesión al paradigma neoliberal, Menem habría dado inicio a una nueva etapa caracterizada como de “neoliberalismo menemista” que dista con mucho de los rasgos de liderazgo populista: es particularmente el elemento neoliberal el que no permitiría hablar de continuidades entre ambos fenómenos (Grüner, 1991; Mora y Araujo, 1995; Zorrilla, 1994). Otros autores (Aboy Carlés, 1998), aunque realizan menos énfasis en este elemento neoliberal, coinciden en señalar al menemismo como una suerte de “paréntesis” del populismo.

Un segundo grupo de autores se empeña en sostener la continuidad entre peronismo y menemismo, señalando, entre otras variables, la similitud de la coalición social que lleva adelante ambos proyectos, la consustancialidad de sus bases de apoyo, sus elementos identitarios comunes y sus recursos de conducción

política y legitimidad. Si bien las diferencias entre Menem y Perón estarían dadas por el “contexto” histórico particular de ambas experiencias y por ciertos “rasgos de personalidad” de ambos líderes (Nun, 1995), lo que daría como resultado políticas de una naturaleza diferente y distintos criterios de legitimación ideológica de las mismas (Borón, 1991; Portantiero, 1995; Yannuzzi, 1994), esto no alteraría los componentes populistas del movimiento. Siguiendo el mismo criterio, el período menemista es leído como el resultado de profundas transformaciones en la identidad peronista (Sidicaro, 1995) y el fin del ciclo histórico correspondiente al “Modelo nacional-popular”, que sería reemplazado por un “Momento neoliberal” (Martucelli y Svampa, 1997).

Por último, ciertos autores advierten sobre la inconveniencia de comparar al peronismo y al menemismo, dado que ambos observarían una naturaleza diferente: el primero sería un movimiento fuertemente arraigado en la vida social y política argentina, mientras que el segundo sería sólo un fenómeno coyuntural, que surge de la necesidad de dar respuesta a una situación de emergencia ante la cual se emprende una “estrategia reformista de gobierno”, cuyo éxito dependerá, precisamente, del manejo más o menos oportuno que realice de estos elementos de continuidad y ruptura (Palermo y Novaro, 1996).

¿Dónde está el enemigo?: discurso presidencial, actores sociales y política durante los años noventa

Irrupción: la campaña presidencial de 1989

La campaña justicialista para las elecciones presidenciales de 1989 ha sido objeto de muchos trabajos que encuentran en ella rasgos novedosos en relación con experiencias anteriores: el predominio absoluto de la imagen por sobre la palabra, de la corporeidad directa por sobre la mediación política, y mucho se ha hablado sobre la novedad que implicaron las nuevas formas de proselitismo basadas en las caravanas realizadas por el “menemóvil”, en detrimento de los actos políticos peronistas más tradicionales, tales como los que durante largas décadas convocaron en la Plaza de Mayo a los militantes en armónico encuentro con su líder. Sin embargo, es posible encontrar en la campaña de Menem elementos que le son comunes a la tradición peronista, más allá de las transformaciones que ha operado el avance de los medios de comunicación sobre la esfera pública, tal como, por ejemplo, la importancia de la corporeidad del liderazgo político. El beso en la frente de los niños, los abrazos, el involucramiento físico del candidato en las actividades de la campaña, su participación en partidos de fútbol y en otras actividades deportivas, dan cuenta precisamente de esta continuidad fundamental: el momento de constitución del liderazgo es aquel en el que se ha construido una posición individual abstracta apoyada enteramente en la corporeidad. Tal como señalan Sigal y Verón, lo que importará, luego, no será tanto el contenido de las palabras del líder sino que sea esa misma voz la que las emita (Sigal y Verón, 1988, pág. 120). Es posible entonces relativizar la idea de que una campaña tal como la emprendida por este candidato tan particular, basada en el contacto directo y personal, sea realmente una novedad, o bien una adaptación de los recursos peronistas tradicionales a los imperativos de la videopolítica.

Se ha afirmado que uno de los rasgos principales de esta campaña ha sido la “degradación” de la palabra política a partir de la “contradicción permanente”: Menem habría prometido al mismo tiempo “expropiar propiedades británicas y negociar la soberanía de Malvinas, no pagar la deuda externa y cumplir los compromisos con las entidades financieras, privatizar empresas públicas y oponerse a la enajenación del patrimonio nacional” (Palermo y Novaro, 1996, pág. 211, cita 26). Sin embargo, entendemos que estas contradicciones, que habrían operado un efecto de “escandalización” permanente de la opinión pública, no serían precisamente una “degradación” de la palabra, sino uno de los elementos propios de la doctrina y el estilo del liderazgo peronista. En primer lugar, la doctrina peronista como universo significativo abierto y altamente maleable a la interpretación del líder, no posee restricciones de coherencia o de contradicción, sin que, la contradicción misma resulta una herramienta poderosa en manos de quien la posee, y tal es la particularidad de la práctica política del líder del modelo nacional-popular (Sigal y Verón, 1988; Martucelli y Svampa, 1997).

La campaña de 1989 también ha sido objeto de análisis que realizan particular énfasis en sus contenidos “populistas” o peronistas, comparándolos con lo que luego será la acción de gobierno, claramente alineada en pos de los imperativos neoliberales. De allí el origen del “engaño” o de la “traición” en que el menemismo habría incurrido, a través del abandono de la promesa peronista de campaña, en una suerte de crudo “maquiavelismo”

político (Borón, 1995; Nun, 1995; Taffetani, 1991). Si bien esta afirmación no carece en absoluto de fundamentos, resulta tal vez más interesante ir un poco más allá y tratar de dilucidar si, suspendiendo la consideración de los “contenidos” concretos enunciados en la promesa populista de campaña o de la ideología que esta entraña, que por cierto permiten ver una ruptura con la acción concreta de gobierno, no sería posible realizar un análisis que se centre en lo que Sigal y Verón llaman la “dimensión ideológica” del discurso, que intenta dar cuenta no sólo de los contenidos o de la enunciación de la promesa, sino también de la particular relación que se establece entre el enunciador y sus destinatarios en el “dispositivo de enunciación”. En ese sentido, encontraremos más continuidades que rupturas entre la campaña y el gobierno posterior, al igual que entre el menemismo como un todo y el peronismo más tradicional. Precisamente, Sigal y Verón indican que la continuidad del peronismo no radica en los planos del enunciado que componen la “doctrina”, sino en el plano del dispositivo de la enunciación. En tanto fenómeno discursivo, el peronismo no sería otra cosa que un dispositivo particular de enunciación a través del cual el discurso se articula, de una manera específica, al campo político (Sigal y Verón, 1988, pág. 21).

El triunfo en las elecciones presidenciales del 14 de mayo de 1989 ha sido explicado por la imagen ganadora del candidato y su predica de mano dura (Nun, 1995) o por la vocación de cambio de la mayoría del electorado (Mora y Araujo, 1995), o bien por detentar un estilo que fue percibido como más auténtico y más asequible a los sectores populares que el de su rival (Portantiero, 1995). La profunda disgregación en la que se debatía la Administración alfonsinista, acosada por una creciente pérdida de legitimidad y por el fracaso de sucesivos intentos de estabilización y normalización económica, se resolvió luego del violento estallido hiperinflacionario del mes de febrero de 1989. La renuncia de Alfonsín y la asunción de Menem el 8 de julio, ambas anticipadas en virtud del caos imperante, le otorgarían al nuevo mandatario un recurso de legitimación que emplearía recurrentemente a lo largo de las primeras etapas de su gestión, las que estarían signadas por sucesivas dificultades. Una vez arribado, el flamante presidente argentino se despojó de sus ropajes de campaña y se dispuso a interpelar en su carácter de primer mandatario a una sociedad que había sido víctima reciente de los efectos de una profunda hiperinflación, y que se encontraba lista para ser guiada hacia un destino incierto que sólo podía ser mejor que el pasado reciente: sólo necesitaba un conductor.

Presentación en sociedad: julio a octubre de 1989

El Pueblo Maravilloso

En su primer discurso como presidente, ante la Asamblea Legislativa, el 8 de julio de 1989, y como resulta habitual en los mensajes iniciales de los mandatarios constitucionales (pero que, veremos, es característica del discurso político peronista tradicional), Menem realiza una amplia “convocatoria nacional” de fuerte contenido emotivo, en horas “difíciles, dramáticas, decisivas y fundacionales como nunca”:

“Quiero inaugurar este momento trascendental que vivimos, con un pedido, con un ruego, con una convocatoria. (...) Ante la mirada de Dios y ante el testimonio de la historia, yo quiero proclamar: Argentina, levántate y anda. Argentinos, de pie para terminar con nuestra crisis. Argentinos, con el corazón abierto para unir voluntades. Hermanas y hermanos, con una sola voz para decirle al mundo: ‘Se levanta a la faz de la tierra, una nueva y gloriosa nación’.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 8/7/1989, pág. 11).

El “gobierno de unidad nacional” que propone el presidente parte de una constatación necesaria: que todos, en mayor o menor medida, son “responsables y copartícipes del fracaso argentino”. El panorama resultante de este fracaso es el de un “país quebrado, devastado, destruido, arrasado”, que, legado del gobierno anterior, es “una brasa ardiendo entre las manos (...) una realidad que quema, que mortifica, que acosa, que urge solucionar”. Y la solución a los crónicos problemas argentinos y, en particular, a esta profunda crisis, surgirá sólo a partir de la consolidación de la “unidad de todos”, porque

“A la Argentina la sanamos entre todos los argentinos o la Argentina se muere. Se muere. Esta es la cruel opción. Por eso, no vamos a perder tiempo para concretar la reconciliación de todos los argentinos.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 8/7/1989, pág. 15)

“La situación del país es de tal gravedad que nadie puede pensar en una reconstrucción en la que no deba participar y colaborar. Este problema, como ya lo he dicho muchas veces, o lo arreglamos todos los argentinos o no lo arregla nadie. Por eso deseo hacer un llamado a todos, al

fin y al cabe hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo.” (Juan Domingo Perón, 21/6/1973, citado en Sigal y Verón, 1988, pág. 54)

Esta reconciliación, este “tiempo del reencuentro entre todos los argentinos”, implica terminar con el país del “todos contra todos” para comenzar el país de “todos junto a todos”.

“Porque se acabó en el país el tiempo (...) de considerar como un enemigo al que piensa distinto. Se murió el país donde impera la ley de la selva. Se acabó el país oficial y el país sumergido. Se acabó el país visible y el país real. Yo vengo a unir a esas dos Argentinas. Vengo a luchar por el reencuentro de esas dos patrias. Yo no aspiro a ser el presidente de una fracción, de un grupo, de un sector, de una expresión política. No deseo ser el presidente de una nueva frustración. Yo quiero ser el presidente de una Argentina unida, que avance a pesar de las discrepancias. Yo quiero ser el presidente de la Argentina de Rosas y de Sarmiento, de Mitre y de Facundo, de Angel Vicente Peñalosa y Juan Bautista Alberdi, de Pellegrini y de Yrigoyen, de Perón y de Balbín.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 8/7/1989, pág. 14)

Esta amplitud ideológica, esta superación de los enfrentamientos históricos, es la que le permitirá al presidente “convocar a hombres del más variado pensamiento nacional” para integrar su gobierno, extendiendo una “mano abierta” a los “adversarios”, lo que resulta preferible a “cerrar el puño” a los “enemigos”, buscando más aquello que lo une a ellos que aquello que los separa. Al mismo tiempo, esta distancia con los “adversarios” parece achicarse, dado que es necesario aceptar las “imprescindibles actualizaciones” que marca la hora y las ventajas que conllevaría el “enriquecimiento con ideas nuevas”. Ahora, para un peronista, parece haber algo mejor que otro peronista:

“Habíamos establecido que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino. Y lo demás son pamplinas...” (Juan Domingo Perón, 15/12/1973, citado en Sigal y Verón, 1988, pág. 84)

La convocatoria tan ampliamente planteada ante el Congreso de la Nación adquiere un tinte más “peronista” en el discurso pronunciado inmediatamente después, desde los balcones de la Casa de Gobierno. Allí, Menem refuerza las referencias a Juan Domingo Perón, a Eva Perón, a Dios y al Pueblo argentino. Recurrentemente Menem deberá apelar a este recurso, el de la defensa de que todo lo que él efectivamente hace o dice está fundado en lo que hubiera hecho o dicho el general Perón, el único capaz, dentro del imaginario peronista, de interpretar la Doctrina. En este sentido, la figura de Menem aparecerá como una suerte de “enunciador segundo”, que sólo puede citar al único enunciador legítimo, que continúa siendo Perón (Sigal y Verón, pág. 112). Cuando, más adelante, empiecen a surgir las críticas (provenientes de vastos sectores del espectro político pero fundamentalmente del propio justicialismo), acusándolo de “no ser peronista”, o de ser “liberal” o “conservador”, se planteará una tensión característica del movimiento peronista: la de la incompatibilidad entre un liderazgo que no es el del propio Perón (o la aparición de un “discurso competitivo”, tal como los intentos provenientes de distintos sectores del peronismo durante los sesenta y setenta) y la de la condición de Menem de “enunciador segundo” (que debe referir permanentemente a la palabra del “enunciador primero”, transformándose en su “portavoz”). La ausencia del único intérprete legítimo de la doctrina peronista le plantea a Menem la necesidad de recurrir permanentemente a la palabra de Perón. De esta forma, el nuevo presidente se refiere a su “maestro” reafirmando su propia condición de “discípulo”, y aclara, sustentando la legitimidad de su palabra en la palabra del general, que

“(…) lo que yo estoy haciendo con la cooperación de todo el pueblo es seguir el mensaje de Eva Perón y de Juan Domingo Perón: la unidad del pueblo argentino por sobre todas las cosas.” (Desde los balcones de la Casa de Gobierno, 8/7/1989, pág. 25).

Menem coloca a la Argentina en lo que Sigal y Verón llamarían un “momento fuerte”: una “hora grave” (en este caso, la más grave de todas: “la Argentina está rota”) en la cual debe procederse a la construcción del futuro en una clave nueva (de la cual el líder se reserva los contenidos) “sin mirar hacia el pasado”, en una operación de “vaciamiento” de la historicidad anterior al momento actual, lugar de los enfrentamientos y el egoísmo. La historia comienza entonces en el mismo momento en el cual se inicia el proyecto: hay que “situarse en el presente” y “mirar hacia el futuro”. Se cierra así el “vaciamiento del campo político”, una constante del discurso político peronista desde 1943, al que Sigal y Verón caracterizan como una serie formada por una “situación de urgencia, necesidad de unión solidaria fundada en el colectivo *argentinos*, por oposición a la

parcialidad y la fragmentación asociadas a la ‘acción política’.” (Sigal y Verón, 1988, pág. 55)

Tal es la dimensión del vaciamiento que no resulta posible identificar al enemigo concreto del nuevo proyecto: si bien la amenaza se ubica muy difusamente en el pasado, o bien en los resquicios del pasado que enturbian el presente, y en la crisis actual, está fundamentalmente asociada a valores morales. Por cierto, la calificación del enemigo en términos morales (egoísmo, maldad), o bien en términos de lo que Sigal y Verón llaman del “orden de la sombra” (ocultos, infiltrados, agazapados) o al “orden del error” (falsedad, engaño)) o como una “pura alteridad”, es una característica central del discurso peronista clásico desde 1943 y corresponde al mismo vaciamiento del campo político, en el que, a partir de la reivindicación para sí del colectivo más incluyente (“los argentinos”), el peronismo logra la expulsión automática y total del otro del colectivo más amplio posible, por lo cual ya no puede haber enfrentamiento (Sigal y Verón, 1988, pág. 66). Numerosos ejemplos de esta disolución del antagonismo político típico (y, más particularmente, del antagonismo social) estarán presentes tanto cuando la palabra del líder se dirija hacia quienes más sufren y menos tienen, los “trabajadores”, como hacia quienes probablemente más le interesaba seducir: los “empresarios”.

Los niños pobres que tienen hambre

La asociación entre “los trabajadores” y “los más humildes” será una constante del discurso del presidente, y también lo será dotarlos del atributo de la “dignidad”, una dignidad que les es inherente por naturaleza, pero que debe serles “restituida” por el líder. Los “males sociales” que aquejan a “los que menos tienen”, tales como

“El dolor, la violencia, el analfabetismo y la marginalidad golpean a la puerta de nueve millones de argentinos. De nueve millones de hermanos, que hoy no pueden ni tan siquiera nutrirse correctamente, vestirse, aprender, conocer la dignidad.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 8/7/1989, pág. 12.)

La palabra constata que hay “nueve millones” que no conocen la “dignidad”, la que consiste básicamente en el acceso a las condiciones de existencia mínimas: alimentación, vestido, educación. Si la dignidad les corresponde, pero se hallan despojados de la misma, ¿por obra de qué o quiénes se ha producido esta nefasta “expropiación” de algo que les pertenece por “derecho divino”? En este lugar se encuentra un vacío en el discurso, que se limita a la descripción de la situación a la que llevado este despojo, pero que no elabora las causas por las cuales se ha llegado a la situación presente, “naturalizándose” de esta forma la desigualdad social:

“Somos poderosos, somos ricos, no nos falta absolutamente nada, pero lamentablemente no hemos sabido distribuir las cosas, entonces unos pocos se quedaron con mucho y muchos no tienen nada.” (Firma del decreto para la erradicación de villas de emergencia de la Ciudad de Buenos Aires, 23/5/1990, pág. 64.)

Lo que sí evidencia el discurso es que estos males han alcanzado dimensiones insostenibles, y que sólo es posible revertirlos mediante una “cruzada” que será encabezada por el “conductor”. Tal como señala Borón, “los más humildes” son, en este sentido, “objeto”, no “sujeto” de la política. Dentro del esquema de poder del presidente, ningún protagonismo les es reservado, más que el de “no perder la fe” o “no bajar los brazos” (Borón, 1991). Serán materia del accionar del líder, pero nada deberán hacer para conseguirlo, porque el líder se encargará de ello.

“(…) estas reformas son, antes que nada, a favor de los más humildes. De sus mejores oportunidades de trabajo. De su dignidad personal y realización. De su protagonismo en la vida del país. Ellos serán la columna vertebral de este cambio. Sencillamente porque este cambio tendrá un principal beneficiario: el propio trabajador.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 8/7/1989, pág. 18)

Según Martuccelli y Svampa, el peronismo en los sectores populares se reduce, casi en forma unidimensional, a una manera de expresar un sentimiento de “dignidad personal”, que sobrevive a la crisis de la “dimensión obrera”, uno de los sustentos de la identidad peronista tradicional (Martuccelli y Svampa, 1997). Sin embargo, esta aspiración a la “dignidad”, si bien expresaría el anhelo a la disminución de las distancias sociales, sustituye por completo a aquél otro de la “injusticia social”, que permitía la identificación de un adversario responsable de la situación de “despojo”, de aquéllos que sí tenían mesa reservada en el “banquete”.

“La fuerza inmortal que hizo surgir al peronismo fue la dignificación de los trabajadores, de los humildes, de los más postergados, de aquellos para quienes la sociedad no tenía reservada silla a la hora del banquete.” (40º aniversario de la Comunidad Organizada – Encuentro Nacional del Partido Justicialista, Mendoza, 17/11/1989, pág. 210)

Si bien, y tal como lo afirma el presidente, el peronismo había sido tradicionalmente representante de las demandas de los sectores populares, en particular en lo que hace a su integración en el sistema político y en su participación en la renta social, el período que se abre con la asunción en 1989 (y, en particular, a partir de 1995) demostraría que este sesgo a favor de los más “humildes” había dejado de ser tal. Sin embargo, tanto en términos de Martucelli y Svampa como en los de Sidicaro, el menemismo se habría beneficiado de la “permanencia” o “inmutabilidad” de esta imagen originaria, de esta “fuerza inmortal”, que se habría conservado en la memoria de “los más humildes” a partir de la permanencia de un conjunto de relaciones sociales estables (Sidicaro, 1995), o de una identidad peronista que, aunque en crisis, se mantendría aún con vida (Martucelli y Svampa, 1997). Sea como fuere, lo que resulta relevante es que esta “dignidad” como aspiración está despojada de toda connotación política: no hay responsables de la “indignidad”, no hay relato histórico en la palabra del líder que permita inteligir sus causas; a pesar de este vacío, o tal vez precisamente a causa del mismo, la “dignidad” continúa siendo eficaz para aliviar los crecientes distanciamientos sociales, que van transformándose en abismos.

Los niños ricos que tienen tristeza

“La Argentina ha dejado de ser el país de los grandes negociados y de la corrupción, para transformarse en la Nación de los grandes negocios.” (Primeras Jornadas Internacionales sobre Privatización, Desregulación y Competencia, 14/11/1989, pág. 196.)

Las referencias a “Dios”, “Perón” y la “dignidad de los “más humildes” no forman parte precisamente de la estrategia empleada por el primer mandatario a la hora de dirigirse a aquéllos actores que, había quedado claro hacia apenas unos breves meses, constituían el factor de presión más relevante a la hora de definir el destino de las administraciones y sus políticas: las corporaciones empresarias. Las demandas de dichas organizaciones habían sufrido un agudo proceso de radicalización durante los episodios hiperinflacionarios, y su vocación pedagógica acerca de cuáles eran los rumbos más apropiados a seguir se había visto especialmente potenciada por la pérdida de rumbo del gobierno de Alfonsín (Beltrán, 1999). En este sentido, los reclamos por la aplicación urgente de reformas estructurales, que se habían anunciado tímidamente durante la última dictadura y que se intentaron aplicar sin éxito durante los ochenta, habían logrado colocarse finalmente como pilares del flamante plan económico del gobierno, llamado “Plan Bunge & Born”⁸. La entrega del poder económico a una de los grupos económicos más poderosos de la Argentina que, por otra parte, había estado tradicionalmente enfrentada con el peronismo, marcó con singular cuño el “viraje” decidido que el gobierno estaba dispuesto a realizar. Si bien la sanción de dos de las principales leyes cuyo contenidos habían sido tan fervientemente recomendados por las élites económicas no se harían esperar⁹, al gobierno aún le restaba granjearse la confianza del poder económico en su capacidad de aplicarlas y mantenerlas.

Asimismo, la filiación peronista del nuevo presidente provocaba no pocos resquemores en estos sectores, en virtud del largo aprendizaje que habían debido observar a lo largo de conflictivas décadas, durante las cuales el peronismo había demostrado no ser precisamente el mejor socio de la estabilidad y los “grandes negocios”. La formación de una verdadera “antiélite” alrededor del presidente, ya desde su triunfo en la victoria sobre los renovadores, integrada por elementos provenientes de las provincias económica y culturalmente más atrasadas del país, que no contaban por cierto con las credenciales suficientes para garantizarse un prestigio inicial suficiente entre quienes ya detentan las posiciones clave dentro de la cumbre del poder, profundizaba el recelo (Sidicaro, 1995). De allí la urgente necesidad del presidente de “dar señales” a los principales “formadores” de mercado y (por cierto) también de opinión (Torre y Gerchunoff, 1996).

La relación que intentará plantear el presidente con las principales corporaciones empresarias puede resumirse en una fórmula relativamente homogénea: la construcción de un esquema discursivo en el cual el “presidente de todos los argentinos”, “garante de las reglas de juego”, “convoca” a los “empresarios”, “hombres del campo”, “hombres de la industria”, etc., a “producir”, a “arriesgarse”, a “superar la parodia de capitalismo” que es la Argentina. Asimismo, será permanente la insistencia en la “decisión irrevocable” del gobierno de producir un “cambio de raíz”, y en su irreductible “convicción” de llevarlo adelante. Las palabras iniciales

dirigidas a los dirigentes de las corporaciones empresarias más importantes durante las respectivas ceremonias tradicionales de las distintas organizaciones (el Aniversario de la Bolsa de Comercio, el Aniversario de la Bolsa de Cereales de Buenos Aires, la Exposición de Ganadería, Agricultura e Industria, el Día de la Industria, etc.) serán sumamente similares. Ahora bien, hemos sostenido que la procedencia ideológica del nuevo gobierno provocaba cierto resquemor en estos poderosos grupos de poder económico y social. ¿Cómo maneja esta situación Menem? Una vez más, se presenta el recurso del aggiornamiento y de la “adaptación” de los instrumentos “a los nuevos tiempos”, para satisfacer los principios fundamentales e invariables del justicialismo, los que son definidos en los términos más amplios: la “felicidad del pueblo” y la “grandeza de la Patria”. Sí, el presidente es justicialista, pero es un justicialista “sin prejuicios”, “sin cegueras partidistas”, “sin intereses facciosos”: un nuevo “león herbívoro”, esta vez “despojado” de ideología, más que de rencores. Esta condición le permite al presidente proponer una suerte de “contrato” con los empresarios, que le permitirá a ambos concretar “buenos negocios” y “agrandar la torta”. En este contrato, el presidente ofrece “reformas estructurales”, todas las que sean necesarias

“Porque, no nos engañemos, en nuestra bendita tierra (...) existe una parodia de capitalismo. (...) Todo esto es verdad. Tan cierto como que estamos poniendo en marcha un proceso de profundas reformas estructurales. Reformas para las cuales se debe tener mucho coraje y mucha convicción. Y nosotros lo tenemos.” (135º Aniversario de la Bolsa de Cereales de Buenos Aires, 24/10/1989, pág. 134.)

¿Qué duda queda acerca de la “convicción” y “fiabilidad” del nuevo “socio”? El contrato queda así cerrado entre las partes, y en estos términos

“Yo (...) les garantizo estabilidad económica, seguridad jurídica y libre iniciativa. Ustedes están llamados a aportar talento, inversión, trabajo y capital. Yo les garantizo reglas de juego claras y justas. En definitiva, yo les ofrezco quitarles el peso de la burocracia y del Estado, para dejarles el desafío de la competencia y el amor al riesgo creativo.” (Día de la Industria, 1/9/1989, pág. 54.)

En una reedición de la alianza peronista clásica entre el “trabajo” y el “capital”, la distancia entre los “propietarios” y los “proletarios” será cubierta por Menem tanto a través del vínculo afectivo de la “hermandad” necesaria entre ambos, como por la promesa de transformación de los segundos en los primeros. En el primer caso, recurre a una legitimidad distinta a la peronista: la cristiana, expresada en la voz del representante máximo de la Iglesia.

“Y finaliza el Santo Padre: ‘Para hacer frente a esa responsabilidad, tenéis a vuestra disposición un elemento poderoso: la empresa. En ella, los empresarios, dirigentes, empleados y obreros, cooperan en una obra común. No son enemigos, sino hermanos’.” (XXV Coloquio de IDEA, en Las Leñas, Mendoza, 21/10/1989, pág. 123)

La armonía entre el “capital” y el “trabajo” supone además que la amenaza para los empresarios no se encuentra en el “movimiento obrero organizado” (que, por cierto, es su “hermano”), sino en ciertos “personeros” del orden del “engaño”, que, representando el “pasado” y el “inmovilismo”, intentan disputarle al líder su condición de “guía”, ante lo cual el presidente advierte:

“No dejemos guiarnos por los apóstoles del desencanto. Por los incrédulos. Por los especuladores. Por los que no están dispuestos a arriesgarse.” (135º aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 20/7/1989, págs. 34 y 35)

De esta manera, desde julio hasta octubre de 1989, el presidente realizará la presentación en sociedad necesaria para plantear los términos de su “amplia convocatoria”. Durante este período, agitar la amenaza de la hiperinflación, muy fresca en la memoria de todos los sectores sociales, le permitirá redefinir los alineamientos centrales de su gobierno desde el tenebroso y caótico “pasado” hacia un futuro de “cambio” y “crecimiento”. Esta “fuga hacia delante” resultará muy eficaz, pero el aliento durará poco: en el mes de noviembre, la palabra presidencial comenzará a expresar un creciente malestar a causa de las “presiones”, de la “impaciencia”, de la “falta de tiempo”, y la hiperinflación, que había sido una amenaza difusa situada en el pasado, será utilizada como un peligro latente, siempre presente, de no tan sencilla superación. Al mismo tiempo, el presidente procederá a una labor de identificación más precisa de los enemigos, que serán aquéllos que se “resisten al cambio”. La convocatoria se había topado, de pronto, con sus propios límites.

Fragilidad y tribulaciones: noviembre de 1989 a diciembre de 1990

La evidente fragilidad de la gestión y las crecientes dificultades llevarán al presidente a operar un cambio en su estrategia discursiva: el adversario comenzará a ser más reconocible, más identificable que en el período anterior, y el enunciador construirá la imagen de las “dos veredas”, en cada una de las cuales ubica a propios y ajenos. Los que “están en la otra vereda”, opuesta a la del gobierno, son enemigos tanto internos al movimiento (tales como los “compañeros que han olvidado la historia del 75”, a los que “el vedetismo ha llevado al enfrentamiento y meten bombas por todos lados”, o los que “deberían sincerarse y ponerse de la vereda de enfrente”, “los compañeros aliados con la ultraizquierda que ya es una pieza de museo”) como externos, los que son definidos en términos más generales (el “sabotaje” de “sectores que se resisten al cambio”, que “buscan salidas egoístas e individuales”, los “viejos fantasmas”). Entre ellos, el gobierno define los dos frentes de su malestar concreto: el “abuso gremial” y el “abuso empresarial” que, juntos, “hacen víctima al pueblo”, y buscan regresar a un pasado de “caos”, de “hiperinflación”, de “violencia”. Por fin, el gobierno parece haber descubierto a los personeros de la hiperinflación: parece que ahora no todos, sino algunos, son los verdaderos “artífices del fracaso argentino”. Sin embargo, veremos que, una vez más, no es posible encontrar un enemigo político en el discurso.

El sabotaje gremial y empresarial

Como hemos mencionado, el mes de noviembre de 1989 marcará un viraje fuerte en la situación del gobierno. Lejos de hacerse eco de los pedidos de “sacrificio” y “responsabilidad” del presidente, ciertos “sectores” comenzarán a hacer oír sus quejas, las que se manifestarán, entre otras cosas, en la reanudación de las medidas de fuerza gremiales y en distintas modalidades de presión empresarial. Si bien las presiones empresarias podían canalizarse por su cada vez más fluida llegada a los círculos más altos del poder político, la situación no era la misma para las corporaciones sindicales que, de pilares privilegiados del esquema peronista clásico, veían crecientemente cuestionado este status a partir de la nueva relación entre Estado y sociedad que comenzaba a plantear el nuevo gobierno. La evidencia de que el clima de asuntos nacionales se enrarecía comienza a manifestarse en el discurso pronunciado por el presidente el 8 de noviembre de 1989. Ante una huelga en el transporte (la primera desde el inicio del nuevo gobierno), el presidente, que manifiesta no tener “ataduras” ni “compromisos” con nadie más que con el “pueblo argentino”, cree necesario expresar su pensamiento, dada

“(…) la actitud que han asumido sectores minoritarios de nuestra comunidad. (...) Asistimos lamentablemente al sabotaje de sectores que se resisten al cambio (...) sectores torpes que piensan que en la Argentina todavía queda lugar para las salidas individuales, para las salvaciones egoístas.” (Mensaje, 8/11/1989, pág. 165)

“Yo califico a quienes están en esa posición como minorías irresponsables, y los acuso de sabotear la Reconstrucción Nacional. (...) Frente a esos irresponsables, sean empresarios o sindicalistas, creo que es mi deber pedirle al Pueblo no sólo que los identifique claramente sino también que los castigue como merecen todos los enemigos de la liberación nacional.” (Juan Domingo Perón, 12/6/1974, citado en De Privitellio y Romero, 2000, pág. 372)

El enemigo es, una vez más, no político, del orden de lo “oculto” y de lo “moral”: el “sabotaje”. El accionar de estos grupos parece provocar la aparición de un enfrentamiento entre el “pueblo” y sectores “empresariales” y “gremiales”, en el cual el gobierno se alinea claramente del lado del “pueblo” (y, a veces, se confunde con él):

“Actos de irresponsabilidad manifiesta en el transporte de toda la población, no tan sólo afectan al gobierno. El principal afectado es todo el pueblo argentino. La principal víctima son los propios trabajadores. (...) Frente a estos actos de abuso gremial y de abuso empresarial, el gobierno nacional dice ‘no’. (...) El gobierno nacional, junto al Pueblo de la Nación, va a dar esta batalla con la ley en la mano, con la Constitución en la mano. Naturalmente, la ley permite el derecho a huelga, al disenso, al reclamo, a la reivindicación. Pero la ley no permite que se burle la voluntad de un pueblo que quiere trabajar.” (Mensaje, 8/11/1989, pág. 166)

En defensa del “derecho a trabajar”, el gobierno sentará las bases de los que será su estrategia central a la hora de los conflictos sindicales: el desconocimiento sistemático de la legitimidad y pertinencia de los mismos y su desactivación por vía legal, y la reafirmación de su persistente “convicción” sobre la conservación del rumbo

emprendido:

“Yo no le tengo absolutamente ningún miedo a los legítimos reclamos de una organización gremial o empresarial. Pero tampoco le tengo absolutamente ningún miedo a hacer respetar el deseo de los argentinos para trabajar. (...) De tal modo, deseo que todo el país tenga la certeza de que el gobierno se va a mantener firme en su rumbo. (...) Esta vez el cambio va en serio. Esta vez el cambio va a fondo.” (Mensaje, 8/11/1989, pág. 166)

Ante el “sabotaje”, sólo queda hacer “tronar el escarmiento”, y a eso están dispuestos tanto el pueblo como el presidente. A la “maldad” del enemigo sólo queda contraponerle la “bondad” del “pueblo maravilloso” y “heroico” que, sin embargo, no es “tonto” ni “ingenuo”. La apelación al recurso de los instrumentos “legales” de lucha contra estos conflictos, anunciado anteriormente, no se hará esperar, llevando a la reglamentación por decreto del derecho de huelga en octubre de 1989. Posteriormente, en abril de 1990, luego de un paro de empleados estatales, esta estrategia ante los “discolos” se verá recrudecida con la aplicación de cesantías indiscriminadas a los involucrados. Detenemos un instante nuevamente en la idea de “antielite” y, en particular, en su concepción de la política y de la “armonía social”, puede brindarnos algunos elementos para comprender la particular actitud del gobierno en relación con el conflicto (Sidicaro, 1995). La idea particularista de la política que poseería esta antielite, la llevaría a considerar que la armonía social es construida fundamentalmente desde el poder mediante políticas clientelares, que son aplicadas directamente sobre la sociedad, que no es más que la suma de personas aisladas, en un marco de ausencia o bien debilidad de las organizaciones de representación de intereses sociales. En este marco, para el presidente, el conflicto social sólo puede ser producto de un “malentendido” o de una “conspiración” (Borón, 1991; Sidicaro, 1990), y nunca será legítimo porque no es “justificable”, no tiene “razón de ser”. De allí a la represión de todo aquello que quiebre o pueda quebrar esa “armonía social” sólo hay un paso.

A los compañeros que dudan

Hemos mencionado que la referencia a la palabra peronista es una constante en el discurso del presidente Menem, y que su naturaleza de “enunciador segundo” lo lleva permanentemente a tener que refundar su accionar en “lo que hubiera hecho Perón” o lo que el general “hubiera dicho”. Esta necesidad se vuelve particularmente acuciante ante el auditorio “peronista” o “justicialista”, de donde provienen ciertas dudas e incertidumbres alrededor del apoyo a un gobierno que se proclama heredero de las “veinte verdades” pero que se hallaba crecientemente involucrado, y con plena “convicción”, en la aplicación a rajatabla de un extenso plan de reformas estructurales, cuyos contenidos centrales iban alejándose cada vez con mayor nitidez de lo que un peronista tradicional “hubiera hecho”. Estas incertidumbres no eran nuevas: ya en el Mensaje de Asunción ante la Asamblea Legislativa de julio de 1989, el flamante presidente se había visto obligado a admitir

“Lo sé muy bien: muchos compañeros hoy manifiestan asombro ante esta generosa convocatoria que hemos formulado en todos los niveles de nuestra comunidad. A todos ellos, les digo: unidad no significa uniformidad. Unidad no significa obsecuencia. Unidad no significa confusión.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 8/7/1989, pág. 15)

En aquellas instancias iniciales, a los compañeros justicialistas aún les restaba el beneficio de la duda; sin embargo, la evidencia concreta del giro brutal efectuado por el gobierno devuelve esta cuestión al centro de la escena. Menem se ve obligado, de esta manera, y en medio de una coyuntura crítica para su gobierno, a despejar una “duda” que poseen los compañeros justicialistas, una pregunta clave: “¿Qué significa hoy ser justicialista?”. Ante esta pregunta, el enunciador antepone otra, más “amplia”, “abarcadora”, “generosa”: “¿qué significa hoy ser argentino?”. La “pregunta” de “qué significa hoy ser justicialista” no tiene respuesta, o bien la respuesta no es lo que hoy necesitan los justicialistas. Hay una pregunta más importante, más abarcadora, más “generosa”, que sí tiene significado y que sí necesita una respuesta: “qué significa ser argentinos”. Recordemos en este punto que la subsunción del colectivo “justicialistas” en el colectivo más abarcador de “argentinos” implica, en la estructura discursiva, la anulación del conflicto, porque implica la apropiación del colectivo más amplio posible. Esto, por otra parte, es adecuado al vaciamiento de la historia como “una hoja en blanco”

“Porque para mí la historia no es tan sólo lo que pasó, lo que pudo haber sido y no es, lo que nos encadena a un pasado de frustraciones, de desencuentros. Todo lo contrario. (...) Para mí, la historia sólo es prólogo. Es una página en blanco.” (40° aniversario de la Comunidad Organizada – Encuentro Nacional del Partido Justicialista, Mendoza, 17/11/1989, pág. 202)

En este marco, ¿qué es hoy la Doctrina?. Veamos cómo la limitación impuesta por su condición de “enunciador segundo” le evita a Menem la necesidad de reelaborarla (lo que, hemos visto, sólo podía estar a cargo del mismo Perón), porque Menem no es Perón, entre ellos hay diferencias. La “lealtad” implica, en este nuevo marco, liberar los “medios” y los “instrumentos” para poder ser fieles a lo “esencial”, que no ha cambiado. A partir de estas explicitaciones, Menem “lleva” a los justicialistas a “entender” un poco más el mensaje del general, en el cual ya estaban claras lo que serían las claves del accionar del gobierno, que no debería sorprender a nadie que hubiera “entendido” mejor la Doctrina:

“Que nadie sospeche, entonces, que nadie murmure por lo bajo, que nadie siembre intrigas, que nadie vea fantasmas donde hay realidades y que todos veamos y entendamos un poco más a Perón y a Eva Perón en su mensaje permanente y constante (...) Este gobierno de unidad nacional no es una abdicación. No es una traición solapada. No es una herejía doctrinaria (...) es, antes que nada, una reafirmación de nuestra identidad.” (40º aniversario de la Comunidad Organizada – Encuentro Nacional del Partido Justicialista, Mendoza, 17/11/1989, pág. 205)

El error no está en el gobierno, sino precisamente en los “compañeros” que sostienen que el gobierno está equivocado, y son precisamente los mismos que se alían con sectores de “ultraizquierda”, acusando al gobierno de “liberal”. Aunque, queda claro, estos compañeros no son “reales adversarios”

“A mí no me afligen los reales adversarios, me afligen los compañeros que evidentemente están actuando en una forma que no termino de entender. Pero si no están con el gobierno seamos más claros, estamos en contra del gobierno y nos ponemos en la vereda de enfrente. (...) yo no concibo que compañeros justicialistas estén aliados con sectores de la ultraizquierda y canten el mismo verso que esos sectores en la República Argentina, cuando ya el marxismo como ideología es una pieza de museo.” (Ante dirigentes de la Confederación General del Trabajo, 8/3/1990, pág. 33)

La de las “dos veredas”, la “vereda de enfrente” y la vereda que podría llamarse “propia”, será una figura que el presidente utilizará mucho para referirse a la oposición al gobierno, pero la división entre estas veredas no es política, es meramente del orden del error: los que “están enfrente” no son malos, pero están “equivocados”. Los que están en la vereda del gobierno no le “cierran las puertas a nadie”, las mantienen permanentemente abiertas, porque los que “se van sin que los echen, vuelven sin que los llamen”. La metáfora barrial de las “dos veredas” transcurre en forma paralela a aquélla otra del “Sí” y el “No”. El 6 de abril de 1990, un grupo de partidarios del gobierno, vinculado a los medios de comunicación¹⁰, organizó lo que fue llamado “Marcha del Sí”, una convocatoria de respaldo explícito al plan de reformas, a fin de contrarrestar los efectos de los crecientes “malestares” provenientes de otros sectores. Fue precisamente en esta “Marcha del Sí” que se haría evidente, en pleno espacio público, y ante la complacencia de algunos y el estupor de otros, la radical novedad que plantearía el menemismo en materia de alianzas: la heterogénea concurrencia a la misma estaría conformada básicamente por sectores de clase alta (que tradicionalmente se habían enrolado en las filas del antiperonismo) y por sectores de bajos recursos provenientes en su gran mayoría del Gran Buenos Aires (Palermo y Novaro, 1996, pág. 231). Los contornos de la “alianza imposible” comenzaban a delinearse en medio de la incertidumbre generalizada.

A los apresurados

Hacer todo “en su medida y armoniosamente” había sido, por cierto, uno de los principales predicamentos del general Perón. Cuánto de ello había aprendido aquél que se reclamaba su “discípulo” resulta difícil de determinar: la velocidad impresa a los profundos cambios que se impulsaban desde el gobierno no parecía ser la demostración más cabal de esta máxima. Sin embargo, esta velocidad gubernamental parecía hallarse aventajada por otra, la de aquéllos que compartían la necesidad de realizar los cambios, pero que no estaban satisfechos por el ritmo aplicado. Estos “apresurados” provenían tanto del campo sindical como del campo empresarial. Para los primeros, el presidente reserva la metáfora de la “cirugía mayor sin anestesia” a fin de hacerles entender que el proceso sería doloroso y que los costos serían muchos pero que, sobre todo, sería lento:

“Yo he dicho que por lo menos me den dos años y medio o tres de gobierno para que podamos recomponer a Argentina. No se olviden que dije que iba a hacer cirugía mayor sin anestesia; hasta ahora el costo social prácticamente no se ha sentido.” (Sindicato Unidos Petroleros del Estado,

13/12/1989, pág. 296)

Días antes del estallido de un segundo pico hiperinflacionario, el presidente siente por primera vez en toda su crudeza el “fantasma” del “caos económico” sobre sus espaldas, aunque esta vez parece que esta amenaza puede ser atribuida a la voluntad de un ente concreto e insaciable: “el mercado”, que “quiere todo ya”.

“(…) es tal la hipersensibilidad que nos dejó la crisis, es tan fuerte la memoria del shock hiperinflacionario que, con todo lo rápido que se ha caminado, no ha sido suficiente. El mercado no da tiempo a la maduración de proyectos de tan compleja ejecución. Quiere todo ya, las empresas el Estado en manos privadas ya, la solución total de la deuda interna ya. La apertura económica ya, la deregulación ya. No está dispuesto a esperar nada. Blande permanentemente la amenaza de desestabilización económica con el impulso ciego de una profecía autocumplida. Y bien, acá entran a jugar la firmeza de las convicciones. Este programa económico que nos hemos propuesto es irrenunciable, es totalmente irreversible. No hay presiones ni *lobbys* que hagan cambiar nuestra firme decisión (...)” (en cursiva en el original) (65° aniversario de la Cámara Argentina de Comercio, 30/11/1989, págs. 260 y 261)

Menos de un mes más tarde de haberse pronunciado estas palabras, los hechos demostrarían que el plan económico no sólo era “renunciable”, sino también “reversible”, y que existían por cierto “presiones” y “lobbys” que aún conservaban la capacidad de hacer tambalear hasta la más “firme decisión”. El 18 de diciembre de 1989, con el agotamiento del Plan Bunge & Born¹¹ y la renuncia de Néstor Rapanelli al Ministerio de Economía, se producirá un cambio en la estrategia del gobierno, que habrá comprendido que una alianza tan visible con un sector de la élite económica sólo podía provocar malestar sobre los otros sectores. En el marco de un nuevo pico hiperinflacionario que se extenderá hasta marzo del año siguiente, el gobierno decidirá dar una imagen de aparente neutralidad en relación a los grupos de presión, y para ello nombrará al frente del Ministerio de Economía a Erman González el 18 de diciembre de 1989, un contador sin experiencia política ni llegada económica: pronto nacerá el Plan Bonex¹², que será lanzado el 1 de enero de 1990. En la ceremonia de asunción del nuevo ministro, el presidente se referirá a la situación de “desencuentro” en la que se hallan los argentinos. Según el presidente, esta situación había sido advertida por él mismo durante la campaña electoral e inmediatamente después de su asunción el 8 de julio:

“(…) expresé claramente que íbamos a tener tres o cuatro meses de bonanza y que después – textuales palabras mías– empezaría el ‘baile’. En este momento estamos en el baile, estamos en el ojo de la tormenta, (...) producto de un montón de desencuentros del pueblo argentino con sus dirigentes (...) de la empresa, del campo, del trabajo, pero también y principalmente los dirigentes políticos.” (Juramento del señor ministro de Economía, doctor Antonio Erman González, 18/12/1989, pág. 308)

y, sobre todo, reafirmará que el nombramiento de un nuevo ministro no implica un cambio de rumbo “en el mediano y el largo plazo”, dado que la política gubernamental surge del consenso del gobierno con distintos sectores

“(…) con empresarios, con trabajadores, con financistas, con banqueros: no queremos que al plan de vuelo lo hagan unos, esos sectores que he mencionado, y nos dejen al ministro, a mí y al resto de gabinete en el avión para mandarnos a conseguir los logros que quiere el pueblo argentino. En este plan de vuelo y en este vuelo nos embarcamos todos, absolutamente todos, y en este avión –por Dios– no hay paracaídas, el que se quiera tirar se tira.” (Juramento del señor ministro de Economía, doctor Antonio Erman González, 18/12/1989, pág. 309)

Al igual que en este último apartado, el uso de la metáfora estará presente en los discursos pronunciados por el presidente en ocasiones de la privatización de distintos servicios públicos. Las privatizaciones, componente central del programa de reformas estructurales, y parte fundamental de la estrategia de “señales” que el gobierno le ofrecía al poder económico, fueron realizadas en gran medida en base a la necesidad de otorgarle al capital concentrado (y a la banca acreedora) una posibilidad de negocios única, realizando así el país de “los grandes negocios”. En efecto, gran parte del enérgico y acelerado plan de privatizaciones se desarrollará durante 1990¹³: el 28 de junio se adjudicará y el 8 de noviembre se transferirá la empresa telefónica ENTEL, mientras que el 21 de noviembre se realizará el acto de privatización de Aerolíneas Argentinas. En esta última ocasión, el presidente invita a todo el pueblo argentino a

“(…) subir a un avión que nos va a llevar a buen destino. Un avión sin paracaídas, sin retorno

(...) Felizmente el pueblo (...) sigue acompañándonos en este vuelo que se me antoja es uno de los más espectaculares que se hayan instrumentado en la República Argentina (...) Vamos a buen puerto (...)” (Acto de privatización de la empresa Aerolíneas Argentinas, 21/11/1990, pág. 91)

Si bien las privatizaciones fueron verdaderas ofrendas del gobierno a los principales agentes económicos, no resultaron suficientes para crear la confianza empresarial que requería el proyecto gubernamental. De esta forma, los últimos tramos del año 1990 y los iniciales de 1991 serían verdaderamente extenuantes para la nueva administración: en primer lugar, a fines de 1990, se produciría el agotamiento definitivo del Plan Bonex¹⁴, el segundo programa económico del gobierno y, en ese marco, ya en los primeros meses de 1991, el “Swiftgate” estallaría en los rostros mismos del poder. Ahora, una nueva amenaza se cernía sobre el elenco gobernante: la “corrupción”.

Estabilidad y crecimiento: enero de 1991-noviembre de 1993

Si bien el período 1991-1994 ha sido frecuentemente presentado como un todo bastante homogéneo, caracterizado como el período de mayor éxito de la administración de Menem, delimitado por el inicio del Plan de Convertibilidad y por la crisis del Tequila, nos interesa matizar esta periodización considerando dos subperíodos al interior del mismo. El primer subperíodo estaría delimitado por el estallido del “Swiftgate” a inicios de 1991 y se extendería hasta el discurso del Tercer Aniversario del gobierno (pronunciado el 15 de septiembre de 1992), y se caracterizaría por la centralidad de la corrupción como enemigo o amenaza dentro del discurso del presidente, la que reemplaza a la hiperinflación. El segundo subperíodo comenzaría en septiembre de 1992 y se extendería hasta la firma del Pacto de Olivos, el 14 de noviembre de 1993, durante el cual surge con poderosa centralidad la presencia de un enemigo político (la UCR), que se diluirá luego de la firma de dicho tratado que habilitó la reelección del presidente Menem en 1995. Durante este segundo subperíodo se producirá un cambio fundamental en la estrategia discursiva del presidente: la aparición por primera vez de un adversario político con un proyecto político legítimo y competidor con el propio, portador de una historia y un estilo característico. ¿Está nuestra hipótesis inicial refutada, al menos para este subperíodo?. Esto se discutirá más adelante.

Subperíodo enero de 1991- agosto de 1992

Destapando las ollas

El llamado caso “Swift” fue un escándalo palaciego que, al involucrar a figuras centrales de la cúspide del poder político y a personajes del entorno más íntimo del presidente, desató una verdadera tormenta no sólo de pasiones, al interior del elenco gobernante, sino también, y sobre todo, económica. En el mes de enero, la prensa divulgó los reclamos (antes reservados) del embajador norteamericano por el soborno que las autoridades argentinas le habían “solicitado” al frigorífico norteamericano Swift ante su interés en la instalación de plantas industriales en el país.

Dos eran fundamentalmente los frentes de peligro concreto para el gobierno: la traición interna y el debilitamiento de la “lealtad” en los círculos más íntimos, y la posibilidad del retiro de apoyo estadounidense, que fueron leídas por los operadores financieros y formadores de opinión como la evidencia de una flagrante debilidad política, lo que en nada contribuía al clima de “convicción” y “fortaleza” que intentaba crear el gobierno (Palermo y Novaro, 1996, pág. 284). La renuncia inmediata de gran parte del gabinete nacional no aportó por cierto a esta situación. Lo cierto es que la oscura sombra de la “corrupción” avanzó sobre la escena y provocó reacomodamientos importantes en la estrategia discursiva del presidente. En efecto, en el acto de juramento de los nuevos ministros, el presidente hizo ingresar en su haber este “mal profundamente moral”, el que había sido “heredado” de “administraciones anteriores”, las que, asimismo, también lo habrían heredado, pero que esta vez sería combatido con “todas las armas” de la ley, porque

“(…) lo que diferencia a este gobierno es que tuvo la valentía de sacar a la luz este problema que nos ha afligido a todos, que es el de la corrupción. Mientras otros lo taparon, nosotros lo estamos poniendo a consideración del pueblo argentino (...)” (Juramento de nuevos ministros, 16/1/1991, pág. 23)

Y ante la “sombra de la corrupción”, nada mejor que oponerle la “transparencia”, de la cual es primer garante el presidente, y así “destapar todas las ollas que sea necesario”, aunque el presidente también tenga que pagar costos y reconocer errores. Por lo visto, la “corrupción” involucra, de una u otra manera, al presidente:

“Mi gobierno no ha mostrado suficientes muestras de austeridad, responsabilidad y solidaridad durante parte de su gestión, como producto de un exacerbado internismo que ha limitado en muchas ocasiones nuestras energías. MI gobierno no ha podido establecer, también en ocasiones, un adecuado sistema de premios y castigos, que se traduzca en un auténtico ejemplo para el resto de nuestra comunidad. (...) Pero también ha debido pagar costos políticos innecesarios.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 1/5/1991, pág. 104)

Si bien su vocación de transparencia queda clara, al presidente no le satisface que sean otros los que “destapen las ollas”: si bien no planteará con ellos un enfrentamiento concreto (dado que, desde su campaña electoral había comprendido cabalmente la importancia que revestían para la articulación de cualquier proyecto de poder), existirán algunas advertencias hacia los medios de comunicación, siempre asociadas al tema de la corrupción. El estilo básicamente será el mismo: si bien el presidente está dispuesto a librar una “batalla sin cuartel” contra los “vampiros de la corrupción”, no hay que confundir esta lucha con la “injuria” o la “calumnia” del “buen nombre” y la “honorabilidad” de los ciudadanos inocentes.

La Argentina de pie

El 31 de enero de 1991, luego de un nuevo fracaso en materia económica, Menem convocaría para el estratégico (y vacante) puesto de Ministro de Economía a Domingo Cavallo, un personaje que, a diferencia de su predecesor, pertenecía al mundo de los negocios y poseía una vasta experiencia en la materia. Tal vez sin saberlo, se había hecho de un socio que, aunque conflictivo, le permitiría articular finalmente las reformas estructurales tan deseadas en un contexto de estabilidad e indicadores macroeconómicos favorables, a partir de la aplicación del Plan de Convertibilidad, que (entre otros elementos tales como la apertura de la economía, el equilibrio fiscal y el crecimiento de la participación privada en la economía en desmedro de la estatal) fijaba por ley la paridad del peso con el dólar y prohibía la emisión de moneda sin respaldo en divisas. Este “shock” iba a reducir los índices inflacionarios a dos dígitos primero y a un dígito después, logrando lo que nadie había logrado en la Argentina en casi medio siglo. El logro de la estabilidad será el éxito fundamental de esta etapa (ya en diciembre de 1991 la inflación mensual había descendido a menos del 1%, y esa performance tendería a conservarse a lo largo del tiempo) y permitirá al presidente abandonar el “fantasma” de la hiperinflación para comenzar a convocar al “crecimiento”: se ha producido un verdadero acontecimiento en materia económica, el que será utilizado como demostración cabal y concreta de lo “acertado” del rumbo.

“Yo simplemente les pido que (...) pensemos dónde estábamos hace dos años nada más. Al borde de la guerra civil y hoy, gracias a Dios, tenemos un país civilizado y en vías de crecimiento. Teníamos un país enfermo de hiperinflación y hoy tenemos un país estable. Y teníamos, hermanos, una Argentina hecha pedazos y hoy estamos reconstruyendo totalmente aquél rompecabezas.” (Desde los balcones de la Casa de Gobierno de Tucumán, con motivo de cumplirse dos años de su mandato constitucional, 8/7/1991, pág. 34)

La estabilidad es presentada ante los empresarios que estaban “apresurados”, como un dato “concreto” que prueba lo que tan insistentemente el presidente les había pedido: “confianza” en que el rumbo era inmodificable. La estrategia discursiva estará planteada alrededor de la dicotomía palabras/hechos, donde las palabras son “verso”, “se las lleva el viento”, mientras que los “hechos” y las “obras” son “amores”, y hablan con “contundencia propia”. La Argentina estaría “harta de palabras” y reclamaría “hechos, hechos y más hechos”. La estabilidad es, sin lugar a dudas, un “logro histórico” del gobierno, algo que parecía imposible apenas dos años atrás:

“Todos sabemos que las palabras no alcanzan. No alcanzan si no van acompañadas de hechos concretos. Concretísimos. Porque es en los hechos, desde donde entre todos hemos empezado a probar la más irreversible vocación de cambio. Es en los hechos donde se está dando la transformación argentina. (...) Sin embargo, sé muy bien que esto no es suficiente. Y que la tarea pendiente es mucha, para lo cual nadie puede bajar los brazos. Porque bajar los brazos es llevar al país al abismo total.” (Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 25/7/1991, pág. 66)

A pesar de que “no hay que apresurarse”, ni “dormirse en los laureles”, resulta evidente que la situación ha mejorado con mucho y que la Argentina ha “cambiado” a partir de los logros alcanzados en el marco del Plan de Convertibilidad. Según el presidente, se estaría en la “recta final”, en la “curva decisiva” para la consolidación definitiva del “milagro argentino”:

“El resultado de este plan económico habla por sí mismo. Nadie puede decir que no estamos mucho mejor que el año pasado. La industria está empezando a crecer, impulsada por un panorama prometedor en todo sentido. La Bolsa ha alcanzado, como todos ustedes bien saben, niveles históricos. Han comenzado a ingresar capitales extranjeros, convocados no por las buenas palabras sino por una realidad fáctica que se hace cada día más visible a la comunidad internacional. Una nueva Argentina estable y segura (...)” (Ante socios de la Fundación Mediterránea, 29/8/1991, pág. 160)

Tal vez la mayor elocuencia del plan económico se demostraría en las elecciones legislativas del 8 de septiembre de 1991, en las que el partido oficialista triunfaría en forma contundente. El presidente había aclarado con particular persistencia y ante los más variados sectores sociales, ya desde mediados de 1990, que él “no tenía candidatos” en las “futuras elecciones”, y que no pensaba “en las futuras elecciones”, sino “en las futuras generaciones”, o bien “en los intereses de la República”. Sin embargo, lejos estaba de desconocer que el apoyo de las urnas había sido el pie que se requería para profundizar el plan económico. El gobierno se encontraba, sin lugar a dudas, en su mejor momento desde al asunción: había logrado finalmente controlar la inflación y las principales variables macroeconómicas, y se había recuperado notablemente del temblor del “Swiftgate”, consolidándose también políticamente en las urnas en las elecciones legislativas de 1991.

Dada esta situación de tangible éxito en los campos más variados, ¿cómo lograría el presidente reactualizar la mística que le había permitido conducir a los sectores sociales hacia este “milagro argentino”? ¿No se había logrado ya todo lo prometido? Por supuesto que no. En términos del presidente, los años 1991 y 1992, formarían dos etapas consecutivas: 1991 había sido el año de la “siembra”, el momento de “sentar las bases definitivas del modelo” y de la consecuente “estabilidad”; mientras que 1992 sería el momento de “afianzar” estas bases, del “crecimiento” y la “reactivación” tanto “económica como social”. Entre 1991 y 1992, surgirán dos temas nuevos en la agenda del gobierno: la Ley de Reforma Previsional y la Ley de Empleo. Ambas serían centrales para el gobierno a fin de avanzar en la estrategia reformista, pese a lo cual se le presentarían numerosos inconvenientes ante la resistencia de diferentes sectores. Recién el 25 de febrero de 1993 se aprobaría en diputados la Ley de Reforma Previsional que sería luego avalada en senadores en el mes de septiembre de 1993. Si bien el 13 de noviembre de 1991 se habían aprobado las leyes de accidente de trabajo y la ley de empleo, recién en abril de 1993 se enviaría al Congreso la Ley de flexibilización laboral y en agosto de 1993 debería enviarse un nuevo proyecto de Ley de Empleo. Los intentos de Menem por lograr apaciguar la oposición de gran parte del sindicalismo a la “flexibilización laboral” serán permanentes: en su concepción, se requería de un sindicalismo que también tuviera como “misión” la de “crear trabajo”, o bien “remover” los obstáculos para la creación de trabajo: las llamadas “rigideces” del mercado laboral¹⁵, en las cuales, según la óptica neoliberal, se encontraba la causa de todos los males.

“Se trata, ni más ni menos, que de un giro copernicano. Es decir: pensar el sindicalismo no tan sólo desde la óptica de la noble defensa de las fuentes de trabajo, sino también pensarlo desde la óptica de quienes no tienen trabajo. (...) Y porque a los tibios los vomita Dios, tenemos que aprender de la más pura enseñanza peronista: con los dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de los dirigentes.” (Congreso General Extraordinario de la Confederación General del Trabajo, 26/3/1992, págs. 76 y 77)

El frente de batalla para lograr la aprobación de la Ley Previsional, la que se articulaba directamente con al aprobación de la privatización de la empresa YPF, estará en el mismo Congreso, y en las “demoras”, “politizaciones” y posibles “desnaturalizaciones” a las que podía ser sujeta la iniciativa:

“Yo exhorto una vez más al Congreso de la Nación a no desnaturalizar la iniciativa del Poder Ejecutivo, a no politizar la discusión y aprobar rápidamente la ley de reforma previsional y la ley de privatización de YPF, para darle al país los medios necesarios para hacer justicia con nuestros jubilados y pensionados.” (Mensaje dirigido al país por radio y televisión, 16/6/1992, pág. 218)

Si el triunfo en las elecciones de septiembre y el logro de la estabilidad le habían otorgado al gobierno el espacio de maniobra suficiente como para avanzar crudamente en la profundización de las reformas estructurales, sería este mismo espacio el que posibilitaría la entrada en escena de una pretensión crucial: la de la perpetuación en el poder del presidente. Este espacio fue hábilmente aprovechado por el conductor, que dedicaría todas sus energías a la concreción de su anhelo más profundo: ser el primer presidente constitucional, después del general Perón, que renovara su mandato por un nuevo período. Lograr la reelección no sería fácil, pero hacia ese objetivo se lanzaba el gobierno, una vez más, “cueste lo que cueste y caiga quien caiga”.

Subperíodo septiembre 1992 – noviembre de 1993

El 15 de septiembre de 1992, en el festejo del tercer aniversario del gobierno, el presidente pronunciaría un discurso que cambiaría en forma notable los lineamientos centrales de su estrategia discursiva. En este discurso se planteará por primera vez a la oposición, encarnada en el Partido Radical, como principal “adversario político” del gobierno. Para ello, el enunciador hará una recuperación del relato histórico, a fin de plantear los lineamientos centrales de los que, a entender de Menem, eran los dos proyectos centrales de la historia política argentina, el peronista y el radical, y contrastarlos a la luz de sus aciertos y errores. Para comenzar, el presidente repite parte de su estrategia anterior, cual es la de atribuirle a lo que él llama “antinomias” el ser la expresión de los “problemas” y “permanentes enfrentamientos” a los que había sido sometida “la Patria”:

“Unitarios y federales, radicales y conservadores, peronistas y radicales, peronistas y antiperonistas, civiles y militares, no teníamos paz en ese sentido, una serie de péndulos o un movimiento pendular que se daba entre gobiernos democráticos, seudodemocráticos y gobiernos de facto.” (Cena con los electores con motivo de cumplirse los tres años de gobierno, 15/9/1992, pág. 227)

La introducción de los gobiernos “seudodemocráticos” interrumpe extrañamente la serie de dicotomías: son gobiernos híbridos, ni “democráticos” ni “de facto” o “autoritarios”, que asumían a partir de elecciones en las cuales el peronismo se hallaba proscripto. Más concretamente, gobiernos como el de Arturo Illia:

“(…) que fueron elegidos apenas con el 23 por ciento del pueblo de la Patria, mientras la mayoría del pueblo argentino estaba totalmente proscripta. (...) Mal pueden entonces rasgarse las vestiduras y hablar de democracia quienes no respetaron la democracia y la libertad en aquéllas épocas.” (Cena con los electores con motivo de cumplirse los tres años de gobierno, 15/9/1992, pág. 228)

Estos “seudodemócratas” “acusar” al presidente de tener un proyecto de Reforma de la Constitución, y de buscar activamente su reelección. Pero la intención de realizar esta reforma no sería una iniciativa de Menem, sino de otros: existió, según el presidente, una “iniciativa radical de reforma de la Constitución” en 1986, y también el general Perón habría mencionado ya el “1 de mayo de 1948”, lo importante de esa reforma, dada la “necesidad de actualizar la Doctrina”. Frente a estos “seudodemócratas” que ahora “vienen a levantar un dedo acusador”, y que privilegian las “libertades políticas” y se olvidan de las “libertades económicas”, pero también frente a los “gobiernos dictatoriales”, que privilegian las “libertades económicas” y olvidan las “libertades políticas”, el verdadero lugar de la democracia está ocupado por el gobierno, que concilia ambas. Estos “seudodemócratas”, además, le han venido haciendo el juego al “autoritarismo”:

“(…) se hablaba de la pacificación y nadie se animó a ponerle el sello de la pacificación a la República Argentina y entonces nació una legislación que fue llamada obediencia debida y punto final, con resultados que realmente indignaban (...) Me jugué, me jugué el todo por el todo; indulto para terminar con esta serie de barbaridades que venían poniendo a Argentina en situaciones realmente límites (...) El 3 de diciembre cuando los indultados pensaron que iban a hacer igual que en La Tablada y en otros actos que ya conocemos como ‘la casa está en orden’ y qué se yo...; dijimos se acabó, y se acabó (...) Ahora sí que la casa está en orden.” (Cena con los electores con motivo de cumplirse los tres años de gobierno, 15/9/1992, pág. 231)

Habiendo despojado al gobierno de Alfonsín de lo que había constituido el eje central de su legitimidad, el de constituir el fin del terror militar y el juzgamiento de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura, el presidente Menem se arroga a sí mismo este privilegio, haciendo gala de su enérgica política militar. Pero el centro de su estrategia será el de colocar al adversario en el campo mismo de la “corrupción”: recuerda así

las cajas del Programa Alimentario Nacional (PAN) como parte de la política asistencial, el nombramiento de los Jueces, la hiperinflación. La disputa transcurre por dos carriles del pasado: el pasado reciente, signado por el flagrante fracaso de la Administración alfonsinista y la crisis que había sido “resuelta” luego por el peronismo, y el pasado lejano, histórico, en el cual el Partido Radical aparece asociado con la proscripción del peronismo, la “pseudodemocracia” y la ilegitimidad. En este último caso, se recuerda la participación de la Unión Cívica Radical en la “Unión Democrática”, un frente de partidos políticos de distinta procedencia ideológica que se conformó fin de evitar el triunfo de Perón en las urnas el 24 de febrero de 1946, que

“(…) era encabezado por el embajador de los Estados Unidos, señor Braden quien participó de muchas de las manifestaciones e inclusive ocupó los palcos donde se expresaban los candidatos de aquella tristemente célebre Unión Democrática, en la que estaba incluido también el Partido Radical.” (Celebración del triunfo electoral del peronismo en las elecciones de 1946, 23/2/1993, pág. 61)

La identidad del adversario, que permanece idéntica en el presente y en el pasado, contribuye a forjar la propia identidad como igual a sí misma: si la Unión Cívica Radical de hoy es la misma que en 1946 (“pseudodemocrática”, partidaria de la “proscripción”), el peronismo también es el mismo, es la fuerza del “cambio” y de la “democracia”. El lugar del “adversario político” es el del no-proyecto, el de la no-propuesta y, por lo tanto, lo único que le queda es “impedir”, “agraviar”, “insultar”.

“Ahora, como contrapropuesta a este modelo de crecimiento, de desarrollo, de seguridad, de estabilidad, de convertibilidad, de reinserción de Argentina en el mundo, ¿cuál es la contrapropuesta de nuestros circunstanciales adversarios? La difamación, la calumnia, la injuria, el invento de escándalos todos los días, porque no tienen nada, absolutamente nada que ofrecer y piensan que a partir del escándalo nos van a conmovir o nos van a hacer claudicar. (...) A cada agravio, a cada difamación, a cada insulto, una obra, una realización, un hecho. Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar.” (Iniciación oficial de la campaña electoral para las elecciones del 3 de octubre, 4/8/1993, pág. 134)

Con miras a las elecciones legislativas de octubre de 1993, lo que se repetirá durante la campaña electoral de 1995, la opción se plantea con claridad entre

“(…) el 3 de octubre tenemos dos opciones reducidas en una elección: elegimos para atrás, el desastre, el enfrentamiento, el estancamiento, la hiperinflación, la corrupción y todo lo que hemos heredado o votamos para adelante eligiendo esta Argentina que merece ser vivida por nuestros hijos.” (Iniciación oficial de la campaña electoral para las elecciones del 3 de octubre, 4/8/1993, pág. 135)

Las que habían sido las dos amenazas principales del gobierno justicialista, la “hiperinflación” y la “corrupción”, que han sido superadas con éxito por la “estabilidad y el crecimiento” y la “transparencia”, son atribuidas directamente a la gestión radical. Lo que antes había sido construido discursivamente como el producto de “décadas de desencuentros”, ahora le pertenecen al “fracaso” de una gestión de gobierno concreta: la del ex presidente Alfonsín, el “capitán que abandonó el barco”.

El 14 de noviembre de 1993, la firma del Pacto de Olivos sellará esta “comunidad” entre los dos “partidos mayoritarios”. Lo que se había construido como una guerra de “agravios” e “insultos” por un lado, contra “obras” y “realizaciones” por el otro, es reconstruido como una “suerte de diálogos” que tenían como fin último el “entendimiento”. La analogía al “abrazo” entre Perón y Balbín devuelve al PJ y la UCR a su continuidad histórica, y el “acuerdo” actual supera los “enfrentamientos pasados”: la historia es superada. Esta “armonía” alcanzará su punto más alto cuando el líder proceda a sellarla, días después, en ocasión del Décimo Aniversario de la Democracia, a partir de la apropiación del “tiempo histórico” de los radicales, tiempo que una y otra vez había proclamado que “no era el propio”, sentando el proceso que se inicia en 1983 como parte del propio proyecto. De esta forma, su propio tiempo comenzaría en 1983, y ya no en 1989.

“Para conseguir los objetivos que nos habíamos propuesto a partir de 1983, era fundamental admitir, en el marco de esta libertad, los consensos, pero también, con generosidad, grandeza y comprensión, los disensos. (...) El camino que hemos elegido es el correcto: instalar primero la democracia y la libertad para hacer la verdadera revolución.. En 1983 hemos instalado la democracia y la libertad y la revolución está en marcha (...)” (Conmemoración del 10º Aniversario de la Democracia, 10/12/1993, pág. 226)

De esta forma, Menem hace propia la causa por la democracia, que había sido el baluarte de la euforia alfonsinista en 1983. El peronismo, triunfador “invencible” fagocita así a su anterior “adversario político” y se apropia de su tiempo y de su proyecto. Así, se abrazan Perón y Balbín, al fin de cuentas, argentinos. El Pacto de Olivos entre el oficialismo y la oposición fue, según Portantiero, la “operación política” más exitosa que haya impulsado el menemismo durante toda su gestión. Por cierto, más allá de las motivaciones que hayan llevado a la Unión Cívica Radical a consensuar este Pacto (entre las que pueden encontrarse la intención de introducir una “influencia molecular” en las decisiones del gobierno, en un contexto de partido dominante y sin posibilidad de alternativa electoral, o bien la consideración de que era conveniente pactar ciertas reformas constitucionales que podrían haber sido mucho más peligrosas para la estabilidad democrática, dada la voluntad extrema de acumulación de poder del oficialismo), lo cierto es que le permitió a Menem no sólo la concreción de su máxima aspiración, cual es la de la posibilidad de un nuevo mandato, sino, además, la posibilidad de anular a la Unión Cívica Radical como principal fuerza opositora y la de postergar en el tiempo aquéllo que siempre había sido prenda de graves conflictos dentro del peronismo: la sucesión del liderazgo político (Portantiero, 1995).

El conflicto

Luego de un breve período de reducción de la conflictividad social, el 9 de noviembre de 1992 se produjo el primer paro general convocado por la CGT colaboracionista. Para quien había afirmado en 1991 que se “reducía la intensidad de los conflictos”, este nuevo recrudecimiento de las resistencias al plan de gobierno no resultaron indiferentes. Una vez más, la actitud será la de negar la legitimidad de la medida de fuerza, que esta vez es “incomprensible”. Toda manifestación de disconformidad o de reclamo, implica para el líder la expresión de una negativa al proceso de cambio. Ante esto, el principal recurso para demostrar la legitimidad de lo actuado es una vez más, recurrir a las palabras del general, a fin de descalificar a aquellos que, desde el campo gremial, y con particular “tenacidad” se oponen al “proceso de transformación.” Pero ahora lo que desea el líder es la reunificación sindical

“Por eso más que nunca y con toda humildad, aspiro a que el 1º de mayo del año que viene, Dios mediante, no tan sólo estemos sesenta y siete gremios, sino que estemos todos los sindicatos de la República Argentina comprendiendo y trabajando para una Argentina mejor. (...) No queremos un sindicalismo amurallado, queremos un sindicalismo abierto como el que ustedes representan.” (Acto realizado en el Sindicato del Seguro con motivo del Día del Trabajo, 1/5/1993, pág. 224)

Es en las características de este “sindicalismo abierto” (abierto al cambio, a la modernización) donde se funda la legitimidad de la Reforma Laboral y la flexibilización. Esta nueva legislación “respeto” los antiguos fundamentos del sindicalismo pero los “moderniza”, los hace “más transparentes”, permite el ingreso de nuevos contingentes de trabajadores que engrosarán las filas sindicales, que de otra manera no podrían hacerlo. Y, por cierto, de ciertas “ventajas” para

“(...) los dirigentes que, al principio, se resistieron –resistencia lógica y normal puesto que había que realizar un cambio en la Argentina y eso no es fácil– a una serie de privatizaciones. Pero ahora están gozando de los beneficios y ventajas de esas privatizaciones.” (Acto realizado en el Sindicato del Seguro con motivo del Día del Trabajo, 1/5/1993, pág. 227)

A pesar de ciertos elementos que, sobre todo hacia fines del período 1991-1993, comenzaban a mostrar el agotamiento del proyecto menemista (aumento moderado de la conflictividad social, ciertas “molestias” empresarias, el surgimiento de nuevas expresiones políticas y sindicales, como el Frepaso, el País, el CTA, etc.), dicho período estaría signado por el éxito político más significativo de la gestión menemista: el logro de la reelección. A partir de allí, y sobre todo desde la crisis del llamado “efecto Tequila”, el gobierno se encontraría con un camino un tanto más pedregoso, sobre todo en el plano económico. Sin embargo, la superación de los efectos más directos de dicha crisis (la posibilidad concreta de una devaluación de la moneda) le permitirán al gobierno volver a hacerse con un éxito en las urnas en las elecciones a Convencionales Constituyentes y finalmente, lograr la renovación de un nuevo mandato en 1995. El apartado siguiente está destinado a los derroteros de un justicialismo frágil y, sin embargo, invencible.

Frágil pero invencible: diciembre de 1993 - mayo de 1995

El período que se abre con la campaña para Convencionales Constituyentes y concluye con la asunción de un nuevo mandato, esta vez por cuatro años, estará signado, aún más que el subperíodo anterior, por el éxito político. Pero esta vez, la economía sería la que, por primera vez desde la implementación del Plan de Convertibilidad, le daría una sorpresa al gobierno al estallar la situación mexicana. Durante este período, durante el cual, como veremos, aún se hace empleo del “adversario político” encarnado en la UCR y también en la FREPASO, aparecerá una nueva amenaza, en la cual la sociedad verá el rostro de los tan temidos “costos” del crecimiento y la estabilidad: el desempleo. Amenazas sociales y económicas, entonces, donde se confundirán el desempleo y la recesión, convivirán extrañamente con el éxito político, terreno en el cual, una vez más, el gobierno arribará a buen puerto.

Los argentinos de acuerdo

Hemos visto cómo la firma del Pacto de Olivos entre el PJ y la UCR permitió la disolución del “adversario” radical, que se subsumió junto al justicialismo en el colectivo “argentinos”. Al mismo tiempo, el crecimiento del Frente Grande, un frente opositor de centro-izquierda, le plantearía a Menem un nuevo obstáculo para su estrategia de acumulación de poder. De esta forma, durante la campaña para convencionales constituyentes, el presidente construirá un nuevo adversario temporal, opuesto a la “democracia” de la cual se había apropiado oportunamente: los “autoritarios”, de todo tipo. Son aquéllos que quieren vulnerar el “acuerdo” entre todos los argentinos:

“(…) el pacto, el consenso, como lo quieran llamar, es la primera vez que los argentinos nos hemos puesto de acuerdo. ¿Quiénes están en contra? Son los que siempre estuvieron en contra. Son los que proscribieron a Perón y a Evita, son los que tumbaron a Frondizi, son los que tumbaron a Illia, son los que posibilitaron los golpes de Estado, porque aquí tenemos la mala costumbre de hablar de los golpes militares, y no saben o no se dan cuenta que atrás de los militares son los civiles los que impulsan a los militares a tumbar a los gobiernos democráticos.” (Acto Partidario en la Ciudad de Córdoba, 5/4/1994)

Si antes había sido el “adversario radical” el que participara de la proscripción del peronismo, ahora es un enemigo “autoritario” aunque no militar, el responsable tanto de la proscripción como de los golpes de Estado a Frondizi o a Illia. Y este “autoritarismo”, verdadera “máquina de impedir”, es tanto de derecha como de izquierda:

“(…) el autoritarismo liberal que, so pretexto de la libertad en el campo de la economía y en el campo de la política, apoyó movimientos que cercenaron esas libertades políticas. Es la ultraderecha, son aquellos que defendieron el capitalismo, pero el capitalismo totalmente deshumanizado. Pero también (...) la ultraizquierda, ya totalmente superada por los acontecimientos que vive el mundo. Tan autoritaria una como la otra. (...) Son quienes ahora pretenden tener una actuación en la conducción del Estado, o en la Reforma del Estado, cuando en otras épocas fueron aquéllos que pusieron todos los obstáculos (...)” (Cierre de la Campaña para Convencionales Constituyentes, 7/4/1994)

Estas “dos alas” del autoritarismo quedan excluidas de lo que Menem denomina como el “arco ideológico”. Nuevamente, el enemigo queda excluido del colectivo más amplio posible, el de los “argentinos”. La “convivencia” alcanzada, dentro de los “marcos” y los “límites de la democracia”, es del más sano pluralismo: “abrazando las ideas más diferentes” y las “visiones más distintas”, ejemplo de lo cual es el parlamento, donde

“(…) coexisten los partidos políticos más variados, representando el arco ideológico de toda la comunidad, quedando autoexcluidos los totalitarios de cualquier signo.” (Apertura de la Convención Nacional Constituyente, Paraná, Entre Ríos, 25/5/1994)

El Frente Grande alcanzaría un gran éxito en las elecciones para Constituyentes del mes de abril: el Partido Justicialista alcanzó el 37,7% de los votos (lo que significaba no sólo una caída de cerca del 11% en relación a los votos obtenidos en las elecciones de octubre de 1993, sino además su piso histórico), la Unión Cívica Radical continuaba con su descenso alcanzando el 20% y habiendo perdido en todo el país un tercio de sus votos, mientras que el Frente Grande alcanzaba el 12% a nivel nacional y el 37,6% en la Capital Federal, proyectándose así para las elecciones nacionales de 1995 (Nun, 1995).

Tequila

Las semejanzas entre el Plan de Convertibilidad argentino y el rumbo emprendido por México en el sexenio del presidente Salinas de Gortari no escapaban a los ojos de ningún observador internacional. En tal sentido, cuando el 21 de diciembre de 1994 México se vio obligado a liberar el tipo de cambio y devaluar su moneda en nada menos que el 40%, Argentina fue el centro de atención inmediato. El efecto Tequila fue la indicación de los límites a los cuales se acercaban, peligrosamente, los “mercados emergentes” latinoamericanos que habían aplicado las recetas ortodoxas sugeridas desde los centros del capitalismo mundial y que, tras períodos iniciales de verdaderos “booms” productivos y de consumo, parecían llegar al final de sus respectivas “edades de oro”. Uno de los peligros palpables de esta situación es, nuevamente, la “confianza” de los inversores, tanto nacionales como internacionales. La extrema dependencia que países como Argentina y México habían construido en relación a los flujos del mercado internacional (a diferencia de economías como la chilena, por citar un ejemplo) y a los vaivenes de las decisiones de inversión de los grandes capitales, implicaba que una posible “fuga” de magnitud hacia economías más prometedoras posibilitaba un verdadero naufragio del esquema en su conjunto. De esta forma, el gobierno debió emprender nuevamente un esforzado sendero cuyo objetivo fundamental era, nuevamente, crear “confianza”, tanto a nivel local como internacional:

“Hoy tuve muchas reuniones con los medios nacionales e internacionales, con funcionarios de la Comunidad Europea, y uno de los temas que siempre se ponen en el tapete es el que hace al signo monetario argentino. Y la pregunta es siempre la misma: ¿van a devaluar la moneda?. Y la respuesta es terminante: absolutamente no. (...) Yo los invito a invertir en la República Argentina.” (Reunión con empresarios argentinos y extranjeros asistentes al Foro Económico Mundial en Davos, Suiza, 28/1/1995)

Las postrimerías de 1994 y los inicios de 1995 también marcaron el punto más alto de un enfrentamiento que comenzaba a hacerse cada vez más visible entre Menem y su Ministro de Economía, sociedad que tantos dividendos había logrado obtener. De esta forma, las estrategias en pos de la creación de este “clima de confianza” en plena crisis internacional se veían ampliamente opacadas por las desaveniencias internas del poder, donde el creciente prestigio de Cavallo ante la comunidad empresaria y su avasallante personalidad, chocaban con el personalismo de Menem y su vocación perpetuista. En palabras de Menem ¿tenía miedo el líder de que le “hicieran sombra”? La respuesta vuelve a ser terminante: “absolutamente no”. En realidad, la feliz comunión se basaba en una suerte de perfecta complementariedad entre política y economía, y sobre todo de subordinación de la segunda a la primera:

“(…) en nuestro caso se da un fenómeno muy especial, en este contacto permanente con el Dr. Cavallo (...) Estoy aprendiendo economía y él está aprendiendo política. Estas son las grandes cosas del fascinante mundo de la política, una política que da la posibilidad de que la economía tenga una presencia permanente (...) Muchos han intentado crear una situación de enfrentamiento con el Ministro Cavallo en los últimos tiempos, pero yo les puedo dar la más absoluta seguridad y por eso me expreso de esta forma que hay una armonía total, plena, completa, del Ministro Cavallo, del Ministro Di Tella, del gabinete con el presidente de la Nación.” (En el agasajo que le fue ofrecido al presidente de la Nación por los organizadores del Foro Mundial Económico, 28/1/1995)

La fragilidad da, en este contexto, oportunidad para la fortaleza. Y esto fue muy bien percibido por el gobierno, quien mostraba al mundo que era precisamente la crisis la que había demostrado cabalmente que “la criatura” tenía vida propia.

“(…) dos hechos muy recientes que involucran directa o indirectamente a la economía argentina. Uno sirvió para poner a prueba nuestro modelo de desarrollo y crecimiento, el otro, para abrir el camino de la expansión económica. La crisis de confianza desatada en otras latitudes, que amagó con extenderse a otras economías, ha servido para demostrar que la estabilidad argentina tiene peso propio. En ningún momento estuvo en riesgo el mantenimiento de la paridad un peso igual a un dólar (...) Los inversores podrán comprobar que el modelo es sólido y en consecuencia se forjará entonces una confianza consolidada y duradera.” (Ante los participantes del Foro Económico Mundial, ratificando las políticas económicas, 29/1/1995)

A pesar de todos los resquemores, el peso argentino no se devaluó. Y los costos más graves de este

exigente “autoatamiento” establecido por ley aún no serían percibidos. ¿Era el Tequila la “prueba de fuego” del “milagro argentino”? Nos inclinamos a sostener que sí. Pero también creemos que, al menos por un tiempo, la ilusión de que la prueba había sido “superada” contribuyó a mantener, por el tiempo suficiente, la ilusión de que la “victoria” aún estaba en manos del gobierno. La alarma de la profunda recesión en la que caería la economía argentina a partir de la crisis mexicana todavía no había comenzado a sonar. Aún quedaba un margen considerable de maniobra, que fue magistralmente empleado por el líder y que posibilitaría, una vez más, alcanzar un triunfo contundente en las presidenciales de 1995.

El costo del desempleo

Si bien ya en el mensaje a la Asamblea Legislativa en 1993 había sido reconocido que la principal batalla del gobierno era contra el desempleo, la centralidad de éste como principal preocupación se hará patente en la campaña de 1995. La pobreza creciente, la amenazante marginalidad social, la inédita concentración y polarización del ingreso, y en particular el desempleo fueron conceptualizados por el gobierno, en armónica coincidencia con los principios del más rancio neoliberalismo, como “costos no queridos” pero “inevitables” del “milagro argentino” y del “crecimiento”.

“Todo proceso revolucionario tiene sus costos y por supuesto que nosotros los tuvimos que soportar y los seguimos soportando. Hemos crecido (...) ¿cuál es el problema? El problema, que no es patrimonio de Argentina, que se da en varias partes del mundo, aún en los países centrales o desarrollados, que es la desocupación.” (En la comida del Partido Justicialista de la Capital, 10/5/1995)

La “cuestión social” ocupaba, de esta forma, un lugar marginal en la agenda de las reformas estructurales, y la permanencia de la idea del clásico “efecto derrame”, que supone que el crecimiento de una economía en su conjunto posee un efecto “desempobrecedor” sobre los sectores sociales más marginados, sería el argumento predilecto a la hora de calmar los ánimos. Sin embargo, el Plan de Convertibilidad marcó un antes y un después en esta relación entre crecimiento del PBI y “cuestión social”: por primera vez se percibía con claridad que el crecimiento, ante una estructura de distribución del ingreso cada vez más regresiva, no era “desempobrecedor”, sino todo lo contrario. Lejos de aceptar esta evidencia creciente, el gobierno argumentaba, como ya hemos apuntado, que el desempleo en particular era producto de las “rigideces del mercado laboral”, que sólo la aprobación de las leyes laborales que tan dificultosamente eran digeridas por sindicatos y trabajadores permitiría solucionar la cuestión y que era un fenómeno que se extendía en todo el mundo, por lo que no era privativo de Argentina. Al mismo tiempo, hacia fines de 1994 el gobierno arremetía con la propaganda de un “Plan Quinquenal” de obras públicas e infraestructura, que permitiría aliviar esta cuestión:

“¿Cómo vamos a reactivar esta industria? A partir de una legislación moderna en lo que hace al campo de lo laboral. (...) que hace a los accidentes de trabajo, a la ley de quiebras, y a otros aspectos que nos van a dar la posibilidad de una flexibilización y de una abaratamiento de los costos para que podamos producir con calidad y competir. Estamos elaborando un segundo Plan Quinquenal, que es un plan de obras públicas importantísimas (...) Y entonces surge el interrogante ¿Y la desocupación? Sí, es cierto, hubo un pequeño crecimiento de la desocupación, pero es producto del avance en el campo de la producción a partir de la tecnología y de la ciencia incorporada en este ámbito (...) No es tan alarmante como en otras partes del mundo.” (Aniversario de la Unión Argentina de la Construcción, 3/11/1994)

En plena campaña para las elecciones presidenciales, el gobierno tomaría para sí el baluarte de la lucha contra el desempleo, y lo construiría como una amenaza de igual magnitud de que la hiperinflación o la corrupción, dándose un desafío a su medida y augurando una nueva victoria al respecto:

“Pero así como yo prometí pulverizar la hiperinflación, y cumplí, vengo aquí, a decirles a ustedes, que este presidente va a pulverizar también la desocupación en nuestra Patria. (...) Por eso aquéllos que están sufriendo esta proceso de cambio este presidente amigo y hermano le dice que tengan un poco más de paciencia, que no decaigan en su fe, que mantengan su esperanza, estos próximos cuatro años van a ser para solucionar los problemas de aquéllos que actualmente sufren las consecuencias de este movimiento revolucionario que pusimos en marcha en 1989.” (En la comida del Partido Justicialista de la Capital, 10/5/1995)

“La misión mía es la de aglutinar al mayor número posible. Porque la política tiene esa técnica: acumular la mayor cantidad de gente proclive o pensante, hacia los objetivos que se persiguen. Todo el que piense o sienta así debe estar. (...) Yo estoy para llevarlos a todos, buenos y malos. Porque si quiero llevar sólo los buenos, me voy a quedar con muy poquitos.” (Juan Domingo Perón, 8/9/1973, citado en Sigal y Verón, 1988, pág. 143)

Por cierto que, tal como había quedado demostrado luego de seis años de gobierno, uno de los rasgos centrales del menemismo era el de articular una contradictoria pero eficaz “agregación de consensos”, cuya eficacia estaba dada, tal como señala Borón, más en el “número”, en la “acumulación”, que en la “coherencia ideológica” (Borón, 1991). Sin embargo, para el presidente, en esa progresiva sumatoria de apoyos sociales, era la adhesión de un sector la que resultaba particularmente novedosa: la de ciertos empresarios. De esta forma, el justicialismo parecía haberse vencido a sí mismo o, al menos, a sus “adversarios” o “enemigos” de ayer:

“Quién iba a pensar, años atrás, (...) que miles y miles de empresarios estén apoyando a nuestra causa, la causa nacional justicialista, al Partido Justicialista (...) Pero lo rescataba en todo esto, lo gratificante, es que aquéllos que antes eran, no nuestros adversarios, sino nuestros enemigos, nos hayan terminado por entender y nos estén acompañando ahora en este proceso de transformación.” (Comida con empresarios justicialistas, 7/2/1995)

En esta “adhesión”, no fundada en la coherencia ideológica sino basada en la “comprensión” de que el justicialista era el “único proyecto viable”, ¿quién había conquistado a quién? ¿El justicialismo a los empresarios o los empresarios a los justicialistas? Según el presidente, como era de esperarse, era el justicialismo el victorioso, el que había logrado “atraer” al enemigo. Al igual que la derecha liberal de la Unión de Centro Democrático antaño, o a la Unión Cívica Radical luego, el justicialismo había operado como una suerte de “gran depredador”, que había logrado desarmar a su adversario y hacerlo pasar a integrar las fuerzas propias. Según Sidicaro, lo que efectivamente realizó el menemismo fue incluir en el colectivo propio, en el “nosotros”, al que había sido el “adversario de ayer” (Sidicaro, 1990), pero esa operación habría sido producto de comprender que el enemigo era “demasiado poderoso”, y que sólo quedaba unirse a él o perecer. Por lo tanto, la victoria habría sido del enemigo, no del justicialismo, que habría logrado finalmente un triunfo ideológico total sobre su enemigo de décadas, y que se habría hecho de un socio invaluable, que le permitiría compatibilizar reformas estructurales que conllevaban un alto costo social, con estabilidad del sistema político y legitimidad democrática. Finalmente, la voluntad de “los más humildes” y también la de “los de arriba” se habría expresado en la misma dirección: recorrer, guiados de la mano de su presidente, “el único camino posible”.

“(…) la gente, especialmente los sectores más humildes de nuestra comunidad –aunque los de arriba también– le pedían a este Presidente simplemente que no afloje, que siga por este camino que es el único posible para conseguir la Argentina justa, libre y soberana con que soñaron el general Perón y Eva Perón.” (Acto realizado en el Sindicato del Seguro con motivo del Día del Trabajo, 1/5/1993, pág. 225)

Conclusiones

“Es necesario que discutamos sobre lo posible. Y sobre la construcción de lo posible (...) la política es el arte de lo posible.” (Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, 1/5/1991, pág. 111)

Como hemos visto, las singularidades del menemismo como experiencia política son numerosas. En este trabajo hemos intentado centrar nuestra atención en una de ellas: su capacidad para articular lo que llamamos una “coalición contradictoria” o una “agregación de consensos”, que dio origen a una experiencia inédita de transformaciones estructurales con altos costos sociales en un marco de débil conflictividad social y fuerte apoyo (o bien pasividad) popular. La explicación más frecuente para esta extrañeza reside en considerar las credenciales “peronistas” o “populistas” del gobierno menemista, que se habría apoyado en la “nostalgia” o los “recuerdos” de las épocas doradas de la justicia social, o bien se sustentan en la constitución de un “consenso de fuga hacia delante” que se habría articulado a partir de la crudeza de la hiperinflación (Palermo y Novaro, 1996). De esta forma, las identidades de vastos sectores sociales habrían sido rearticuladas hacia “adelante”, siempre huyendo

hacia un futuro que nunca podría ser peor que el presente de caos y disgregación. De esta forma, el éxito del menemismo se encontraría en factores que corresponden al pasado: la “gloria” del peronismo de posguerra y el “desastre” de la hiperinflación. Los límites de estas dos explicaciones, que a menudo son consideradas unilateralmente, han llevado a explicaciones que han simplificado el debate. Por un lado, las interpretaciones que se detienen en la permanencia del peronismo como parte fundante de la identidad de los sectores populares, la cual se habría visto directamente convocada por el menemismo provocando así una adhesión instantánea basada en el recuerdo de épocas pasadas, no logran dar cuenta de las transformaciones que el menemismo operó sobre esta identidad conformada durante la posguerra, y fragmentada por la crisis de la misma y por el debilitamiento de la política como signifiante del enfrentamiento social. De la misma manera, la hipótesis del consenso de fuga hacia adelante, que ha sido empleada para explicar todos los sucesivos y sorprendentes consensos que supo generar el menemismo a lo largo de un período signado por los más diversos imperativos, no alcanza a explicar la crisis que enfrenta el gobierno de Menem a sólo cuatro meses de su asunción, cuando la memoria de la hiperinflación aún estaba fresca.

Entendemos que la particularidad del menemismo reside en la forma en la cual el líder logró articular estos dos elementos, los que fueron sin duda sus dos principales recursos de gobierno. Tanto la amenaza de la hiperinflación, como el particular modo de construcción de un adversario político, propio del peronismo, principalmente en las coyunturas electorales, fueron empleados alternativamente para sentar las bases de un modelo de gobernabilidad y de alianzas que le permitió transformar radicalmente la sociedad argentina sin perecer en el intento. Y aquí es donde la mirada debe dirigirse a las perplejidades que se han planteado en el debate alrededor de las continuidades y rupturas entre el peronismo y el menemismo. Desde el punto de vista discursivo, el contenido ideológico neoliberal que contuvieron las principales líneas de gobierno, basadas fundamentalmente en la aplicación de una vasta agenda de reformas estructurales, no debe distraer nuestra atención de lo que, a nuestro entender, resulta aún más fundamental: la permanencia de la estructura de enunciación típicamente peronista durante todo el período analizado. El vaciamiento del campo político (Sigal y Verón, 1988), la inexistencia del adversario social, la pasividad del “pueblo” como objeto de la política, la armonización “por arriba” de los antagonismos sociales en la forma de hermandad entre el trabajo y el capital (Borón, 1991) no son, como vimos, novedades del menemismo, sino que responden a una eficaz actualización del peronismo clásico. Por cierto, lo son más del peronismo de 1973 que de aquél de 1945 en adelante, entre los cuales también existieron distancias, pero las continuidades suficientes que posibilitaran que el contenido ideológico de aquel peronismo que denunciaba a la “oligarquía” y al “imperialismo” pudiera ser reemplazado por el peronismo de “la reconstrucción pacífica”, y todo esto sin dejar de ser peronismo. Sin lugar a dudas, el peronismo tradicional le otorgó al menemismo una herramienta fundamental: la de una doctrina “vacía” que podía ser ocupada por los contenidos más diversos. Si ayer decíamos que para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, y hoy cambiamos y decimos que para un argentino no puede haber nada mejor que otro argentino, en un contexto de crisis profunda del modelo capitalista, por qué no volver a cambiar? La doctrina peronista, de esta forma, se encuentra siempre lista para ser significada y esto es lo que Menem hizo, sin dejar de ser peronista.

Otra posible interpretación que apunta en la misma dirección es elaborada por Sidicaro, quien recupera la idea de “antielite” para explicar la especificidad política del menemismo. Si consideramos al menemismo como un tipo de élite política particular, que se recluta fundamentalmente entre individuos que, provenientes de las zonas más pobres y marginadas del país, poseen una concepción de la política de tipo “caudillista” y una alta capacidad de flexibilidad y autonomía, dada la fragilidad de sus bases sociales y lo efímero de sus compromisos (Sidicaro, 1995), es posible dar cuenta de la capacidad de adaptación del menemismo a los nuevos tiempos, y su viraje permanente en búsqueda de aumentar los escasos márgenes de maniobra que le otorgaba la situación de emergencia. Al mismo tiempo, la antielite posee una concepción particularista de la política, y concibe a la sociedad como un todo formado por individuos aislados, donde la “armonía social” es producto de una intervención directa desde el poder político, en forma de “clientelismo” individualizante. De allí también una posible explicación para el lugar que se reserva al “pueblo” en el discurso menemista.

Este lugar pasivo, directamente opuesto a la centralidad que observa la figura del líder como artífice y conductor de su destino, observa su principio más fundamental en la ausencia de un adversario social. Las sucesivas amenazas que se ciernen sobre el destino de ese pueblo, tales como la hiperinflación, la corrupción o el desempleo, son dispersadas eficazmente por el líder, y de allí su legitimidad. Pero este líder sí posee un adversario político, el que cobra vida sólo en coyunturas electorales, para diluirse una vez obtenido el triunfo en

las urnas, triunfo que es simplemente la ratificación del pacto originario entre el líder y su pueblo. El adversario político, entonces, es el adversario del líder o, mejor dicho, nada más que un obstáculo “circunstancial” a superar en la ampliación o renovación de su propio poder.

Vimos cómo durante la posguerra la escena política expresaba y elaboraba los conflictos y antagonismos fundamentales que se generaban a nivel social. Por lo tanto, quienes disputaban por el poder en la esfera política debían hacerse eco de estos antagonismos sociales y de estas tensiones y enfrentamientos que atraviesan a la sociedad en su totalidad, dado que en el juego político estaba mucho más que la disputa por un cargo, sino la posibilidad de erigirse en representante, más o menos coherente, de alguno de los sectores sociales que eran parte de un antagonismo. La toma de posición frente a los conflictos en la esfera social era necesaria a fin de darle inteligibilidad a la esfera política, por lo que resultaba necesario relacionar, al menos discursivamente, entre un competidor político y un adversario social. Tanto el radicalismo como el peronismo (integrantes permanentes de estos clivajes políticos) debieron constituir a sus adversarios políticos como parte integrante del proyecto de alguna de las minorías sociales que encarnaban intereses minoritarios y egoístas cuyos intereses eran radicalmente opuestos a los del propio colectivo (la oligarquía, el régimen, etc.) (Sidicaro, 1990). Hemos visto también cómo en el discurso de Menem este adversario social no encuentra ningún lugar. Ahora bien, ¿qué es lo que hace posible la desaparición de este “exterior constitutivo”? ¿Cómo es posible que el discurso político se vacíe de adversario? Ciertos autores responden a esta pregunta afirmando que el menemismo colocó a este adversario no en otro colectivo semejante al nosotros, o en otro conjunto de actores o sectores sociales, sino en otro *momento* distinto al del “nosotros”: el pasado. En esta explicación, que responde en mayor o menor medida a la idea del “consenso de fuga hacia delante”, el menemismo habría tenido éxito en colocarse en contraposición a ese pasado de hiperinflación y caos, proyectándose hacia el futuro con la urgencia que poseen aquéllos para los cuales nada puede ser peor que aquello que dejan atrás (Palermo y Novaro, 1996; Martucelli y Svampa, 1997).

Por el contrario, hay quienes afirman que es posible la ausencia de enemigo porque, ahora, “el adversario está entre nosotros”, incluido en colectivo de identificación, el de “los argentinos”, y cuando esto ocurre, la propia identidad entra en crisis y la pregunta acerca de lo que somos deja de tener sentido (Sidicaro, 1990). Asimismo, la política se vuelve “el arte de lo posible”, de aquéllo que resulta posible para el “adversario social de ayer”. Por cierto, la cabal aceptación de estos márgenes y su máximo aprovechamiento pueda ser considerado, tal vez, como la clave central del éxito del menemismo, aunque no le son exclusivos: Perón ya había dado muestras de esta convicción, en particular a partir de 1973, por lo que podríamos afirmar que este “posibilismo” es anterior a la alianza con el adversario y, más que ser un resultado de esta alianza, como lo plantea Sidicaro, la *posibilita*. De esta forma, siguiendo a Sigal y Verón, entendemos que esta ausencia de la política como arena ideológica reconocida no sólo no existe entre 1989 y 1995, sino que estuvo siempre ausente del complejo universo discursivo peronista (Sigal y Verón, 1988). Una tesis que volvería posible la reunión de ambas concepciones (la del enemigo en el pasado y la del enemigo entre nosotros) indicaría que ese pasado está encarnado en el adversario político (no en el social, que está siempre ausente), que no es identificado con ningún colectivo determinado, sino los “pseudodemócratas”, los “no quieren que Argentina cambie”, los “que hundieron el país”, los que “fracasaron”.

Aceptamos que resulta verdaderamente complejo determinar cuál fue el peso que tuvo esta anulación de la política en el discurso del presidente Menem, sobre la desactivación de los conflictos sociales que caracterizó buena parte de su primera presidencia. Al mismo tiempo, por habernos limitado a analizar la palabra de tan sólo uno de los protagonistas del período que nos ocupa, aunque entendemos que su relevancia fue estratégica, sobre todo por tratarse de un período de fuerte personalización y concentración del poder, seguramente habremos minimizado la importancia que adquiere el carácter dialógico de toda relación política, que siempre involucra a más de una parte. Sin embargo, y sin intentar determinar cuál fue el “verdadero” efecto que produjo esta palabra “a-política” sobre los protagonistas potenciales del conflicto social, o cuál fue la recepción que tuvo el discurso presidencial sobre los restantes actores de la escena política argentina (lo que, por ejemplo, reclaman Martucelli y Svampa para el caso de los sectores populares), creemos que la tesis que ha intentado ser confrontada en el presente trabajo lejos está de poder ser soslayada a la hora de dar cuenta de la desactivación del conflicto social, la fragmentación de las identidades políticas y la desactivación de la política, entendida como herramienta de transformación de la realidad, de ampliación de los límites de la acción humana y de un proyecto alternativo de sociedad, todos elementos ciertamente característicos de la escena política argentina contemporánea. La desafección política, la pérdida de marcos interpretativos de la realidad, la desesperanza de futuro y el creciente malestar hacia “los políticos” no son sólo expresión de los profundos cambios que se han producido a nivel

económico y social durante las últimas décadas, sino también, y sobre todo, manifestaciones de que el poder ha perdido su capacidad de transformación de lo existente y que, contrariamente a lo que sugería Max Weber, ha dejado de buscar lo imposible, a riesgo de perder su capacidad de lograr lo posible.

Referencias Bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo 1998 *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem* (Tesis doctoral en Sociología, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid).
- Acuña, Carlos 1995 A *Alfonsín y el poder económico. El fracaso de la concertación y los pactos corporativos entre 1983 y 1989* (Buenos Aires: Editorial Corregidor).
- Acuña, Carlos 1995 B *La nueva matriz política argentina* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Altimir, Oscar 1997 “Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Vol. 37, N°145.
- Arceo, Enrique y Eduardo Basualdo 1999 “Las tendencias a la centralización del capital y la concentración del ingreso en la economía argentina durante la década del ‘90”, en *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires), N°29.
- Arditi, Benjamín 1995 “Rastreado lo político”, en *Revista de Estudios Políticos*, N°87.
- Azpiazu, Daniel 1997 “El nuevo perfil de la elite empresaria” en *Realidad Económica*, (Buenos Aires), Vol. 37, N°145.
- Azpiazu, Daniel 1999: “Las renegociaciones contractuales en los servicios públicos privatizados. ¿Seguridad jurídica o preservación de rentas de privilegio?” en *Realidad Económica*, (Buenos Aires), N° 164.
- Basualdo, Eduardo 1999 *Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política* (Buenos Aires: UNQui-FLACSO-Página/12).
- Beccaria, Luis y Néstor López (comps.) 1996 *Sin trabajo* (Buenos Aires: UNICEF-Losada).
- Beltrán, Gastón 1999 “La crisis de fines de los ochenta bajo la mirada de los sectores dominantes. Justificación e inicio del proceso de reformas estructurales de los años noventa” en *Época. Revista argentina de Economía Política* (Buenos Aires), N° 1.
- Bisang, Roberto 1998 “Apertura, reestructuración industrial y conglomerados económicos”, en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Número Especial.
- Bisang, Roberto; Carlos Bonvecchi; Bernardo Kosakoff y Adrián Ramos 1996 “La transformación industrial en los noventa. Un proceso con final abierto”, en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Vol. 36, Número Especial.
- Borón, Atilio 1988 “Los dilemas de la modernización y los sujetos de la democracia” en *VVAA Discurso sobre el discurso* (Buenos Aires: Eudeba).
- Borón, Atilio 1991 “Los axiomas de Anillaco. La visión de la política en el pensamiento y en la acción de Carlos S. Menem” en *VVAA El Menemato* (Buenos Aires: Letra Buena).
- Borón, Atilio 1995 “El experimento neoliberal de Carlos Saúl Menem” en *VVAA Peronismo y menemismo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto).
- Braun, Oscar 1975 “Desarrollo del capital monopolista en la Argentina” en Braun, Oscar (comp.) *El capitalismo argentino en crisis* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Bresser Pereira, Luiz 1998 “La reforma del Estado en los años noventa” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), N° 150.
- De Ipola, Emilio y Liliana De Riz 1982 “Un juego de cartas políticas. Intelectuales y discurso autoritario en la Argentina actual.” en Camacho, Daniel et al. *América Latina. Ideología y Cultura.* (San José de Costa Rica: FLACSO).
- De Privitellio, Luciano y Luis Alberto Romero 2000 (sel.) *Grandes discursos de la Historia Argentina* (Buenos Aires: Aguilar)
- De Riz, Liliana 1981 *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista* (Buenos Aires: Hyspamérica).
- Diamand, Marcelo 1973 *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia* (Buenos Aires: Paidós).
- Fontana, Andrés 1987 “La política militar del gobierno constitucional argentino” en Nun, José y Juan Carlos Portantiero *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur).
- Ffrench Davis, R. 1997 “El efecto tequila y su alcance contagioso” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Vol. 37, N°146.
- Frenkel, Roberto 1997 “El funcionamiento de la economía argentina en los años ‘90” en *Escenarios Alternativos* (Buenos Aires) Año 1, N°1.
- Gerchunoff, Pablo y Guillermo Canovas 1995 “Privatizaciones en un contexto de emergencia económica” en *Desarrollo Económico*, (Buenos Aires) Vol. 34, N°136.
- Grüner, Eduardo 1991 “Las fronteras del (des)orden. Apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el menemato” en *VVAA El Menemato* (Buenos Aires: Letra Buena).
- Halperin Donghi, Tulio 1994 *La larga agonía de la Argentina peronista* (Buenos Aires: Ariel).
- Jelin, Elizabeth 1996 “¿Ciudadanía emergente o exclusión?” en *Sociedad* (Buenos Aires), N° 8.

- Levit, Cecilia y Ricardo Ortiz 1999 “La hiperinflación argentina: prehistoria de los años noventa” en *Época. Revista argentina de Economía Política* (Buenos Aires), N° 1.
- Lozano, Claudio y Roberto Feletti 1991 “La economía del menemismo. Cambio estructural, crisis recurrentes y destino incierto” en *VVAA El Menemato* (Buenos Aires: Ediciones Letra Buena).
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa 1997 *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo* (Buenos Aires: Losada).
- Minsburg, Naum y Héctor Valle (comps.) 1995 *Argentina hoy, crisis del modelo* (Buenos Aires: Editorial Letra Buena).
- Minujin, Alberto (comp.) 1992 *Cuesta abajo* (Buenos Aires: UNICEF-Losada).
- Minujin, Alberto (ed.) 1993 *Desigualdad y exclusión* (Buenos Aires: UNICEF-Losada).
- Minujin, Alberto y Gabriel Kessler 1994 *La nueva pobreza en la Argentina* (Buenos Aires: UNICEF-Losada).
- Mora y Araujo, Manuel 1995 “De Perón a Menem. Una historia del peronismo” en *VVAA Peronismo y menemismo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto).
- Novaro, Marcos 1994 *Pilotos de tormenta: Crisis de representación y personalización de la política en Argentina. 1989-1993* (Buenos Aires: Ediciones Letra Buena).
- Nun, José 1995 “Populismo, representación y menemismo” en *VVAA: Peronismo y menemismo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto).
- O'Donnell, Guillermo 1977 “Estado y alianzas en la política argentina”, en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), N°64.
- O'Donnell, Guillermo 1982 *El Estado burocrático-autoritario* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano).
- O'Donnell, Guillermo 1992 “¿Democracia delegativa?” en *Cuadernos del CLAEH* (Montevideo), N° 61.
- O'Donnell, Guillermo 1993 “Estado, democratización y ciudadanía” en *Nueva Sociedad* (Caracas), N°128.
- Palermo, Vicente y Marcos Novaro 1996 *Política y poder en el gobierno de Menem* (Buenos Aires: Tesis Norma-FLACSO).
- Pessino, Carola 1996 “La anatomía del desempleo” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Vol. 36, Número Especial.
- Portantiero, Juan Carlos 1977 “Economía y política en la crisis argentina” en *Revista Mexicana de Sociología* (México) N°2.
- Portantiero, Juan Carlos 1987 “La concertación que no fue: de la Ley Mucci al Plan Austral”, en Nun, José y Juan Carlos Portantiero *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur).
- Portantiero, Juan Carlos 1994 “Revisando el camino: las apuestas de la democracia en Sudamérica”, en *Sociedad* (Buenos Aires), N°4.
- Portantiero, Juan Carlos 1995 “Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura” en *VVAA Peronismo y menemismo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto).
- Pucciarelli, Alfredo 1997 “Los dilemas irresueltos en la historia reciente de la Argentina” en *El Taller* (Buenos Aires), N° 4.
- Pucciarelli, Alfredo 1998 “¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina” en *Sociedad* (Buenos Aires), N°13.
- Rofman, Alejandro 1998 “¿Reforma o un nuevo rol para el Estado? Un análisis crítico a partir de las recientes experiencias privatizadoras” en *Revista Aportes* (Buenos Aires), N°11, Año V.
- Rouquié, Alain 1978 *Poder militar y sociedad política en la Argentina* Tomo II (Buenos Aires: Emece).
- Schmitt, Carl 1984 *El concepto de lo político* (México: Folios Ediciones).
- Sidicaro, Ricardo 1990 “Identidades políticas y adversarios sociales” en *Relato de Hechos e Ideas* (Buenos Aires), N°1.
- Sidicaro, Ricardo 1993 “El menemismo: tres objetos de análisis” en *Punto de Vista* (Buenos Aires), N°47.
- Sidicaro, Ricardo 1995 “Poder político, liberalismo económico y sectores populares, 1989-1995” en *VVAA Peronismo y menemismo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto).
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón 1988 *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (Buenos Aires: Hyspamérica).
- Taffetani, Oscar 1991 “Menemismo y cultura” en *VVAA Peronismo y menemismo* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto).
- Torre, Juan Carlos y Pablo Gerchunoff 1996 “La política de liberalización económica en la administración de Menem” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), N° 143.
- Verón, Eliseo 1987 “La palabra adversativa” en *VVAA: El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* (Buenos Aires: Hachette).

Villarreal, Juan 1985 “Los hilos sociales del poder” en Jozami, Eduardo; Pedro Paz y Juan Villarreal *Crisis de la dictadura argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI).

Yannuzzi, María del Carmen 1994 “Populismo y modernización capitalista en la Argentina” en *Estudios Sociales* (Rosario), Año 4, N°7.

Zorrilla, Ricardo 1994 *El fenómeno Menem* (Buenos Aires: Editorial Gel).

Notas

1 Para la caracterización de los aspectos más relevantes desde el punto de vista *económico* y el análisis de los principales impactos de las medidas implementadas, ver: Arceo, E. y E. Basualdo (1999); Azpiazu, D. (1997); Bisang, R. (1998); Bisang, R., C. Bonvecchi, B. Kosacoff y A. Ramos (1996); French Davis, R. (1997); Frenkel, R. (1997); Minsburg, N. y H. Valle (comps.) (1995) y Torre, J. y P. Gerchunoff (1996).

2 Para las principales transformaciones desde el punto de vista *social*, ver: Altimir, O. (1997); Beccaria, L. y N., Lopez (comps.) (1996); Jelin, E. (1996); Minujin, A. (comp.) (1992); Minujin, A. (ed.) (1993) y Minujin, A. y G. Kessler (1994).

3 Para la caracterización de los aspectos más significativos desde una óptica *político-institucional*, ver: Acuña, C. (1995); Bresser Pereira, L. (1998); Novaro, M. (1994); O'Donnell, G. (1992 y 1993) y Rofman, A. (1998).

4 Entendemos el concepto de “coalición” en los términos expuestos por Portantiero, como las “bases sociales y políticas de una orientación de poder” (Portantiero, 1995, pág. 104). Resulta importante aclarar que, en primer lugar, no consideramos que los apoyos o adhesiones de estos sectores al proyecto menemista hayan sido estables y unívocos, sino que entendemos que observaron distintos momentos de articulación y desarticulación, y que estuvieron fuertemente determinados por las diversas coyunturas que atravesó la gestión del gobierno. En segundo lugar, lejos estamos de ignorar que no fueron los únicos soportes del proyecto, pero nos interesa delimitarlos del resto de los sectores sociales que sustentaron el “consenso menemista” por entender que entre ambos se plantea el antagonismo más evidente.

5 Desde la Teoría del Discurso, Sigal y Verón sostienen que en el análisis de las realidades sociales es necesario tomar en consideración sus condiciones ideológicas (discursivas y, en general, simbólicas) de existencia, ya que esas condiciones no son variables exteriores de procesos económicos y/o políticos “objetivos”, sino parte integrante de estos procesos (Sigal y Verón, 1988). Las categorías utilizadas en el presente artículo son las explicitadas por Verón (1987).

6 Por cierto, tal es la centralidad del peronismo que Sigal y Verón afirman que en ningún momento, entre 1955 y 1973, el imaginario político argentino consiguió liberarse de los “fantasmas de Perón”: la posibilidad de su retorno, el destino del cadáver de Eva Perón, la imagen de la “Puerta de Hierro” (su residencia en Madrid) y los mensajes de Perón y sus múltiples representantes en Argentina (Sigal y Verón, 1988, pág. 93).

7 “Hay una sola forma de poner término a la etapa fatídica de las frustraciones argentinas que, sin solución de continuidad, se han venido sucediendo desde 1955. Esas frustraciones se han podido producir, precisamente, por una inexplicable antinomia en la civilidad. Superada esa antinomia, todo ha quedado reducido al enfrentamiento del pueblo con la dictadura militar.” (Juan Domingo Perón, 15/1/1973, citado en Sigal y Verón, 1988, pág. 81).

8 El Plan B&B consistió en un conjunto de políticas de ajuste coyuntural antiinflacionario, tales como devaluación, aumento de tarifas públicas y acuerdos de precios con las grandes empresas. Contribuyó a disminuir la tasa de incremento de precios al consumidor del 200% en julio de 1989 al 5,6% en agosto, y la estabilidad alcanzada convalidaba una fuerte transferencia de recursos en contra del salario y en beneficio de los exportadores. Asimismo, se basó en dos leyes fundamentales, tales como la Ley de Reforma del Estado y la Ley de Emergencia Económica. Para las características centrales de este plan, ver Lozano y Feletti (Lozano y Feletti, 1991).

9 La Ley de Reforma del Estado, que abría la posibilidad de los agresivos programas de privatización de empresas públicas fue sancionada el 18 de agosto de 1989, mientras que la Ley de Emergencia Económica, cuyo objetivo era reducir la política estatal de subsidios a los privados, se aprobó el 1 de septiembre del mismo año.

10 Gerardo Sofovich, Julio Ramos, Bernardo Neustadt, entre otros.

11 Los límites de dicho plan comenzaron a verse en el sector externo: en ningún momento durante la vigencia de dicho plan se reanudaron los pagos a la banca acreedora que habían sido suspendidos en abril de 1988. Asimismo, los grandes empresarios afectados por el recorte de subsidios a partir de la Ley de Emergencia Económica y por el intento del Ministro Rapanelli de atenuar la valorización de los capitales que financiaban el déficit estatal, colocaron al plan en una situación de debilidad que culminó en una nueva corrida cambiaria (Lozano y Feletti, 1991).

12 En rigor, el Plan Bonex fue antecedido por una liberación absoluta de los mercados en pleno contexto hiperinflacionario y consistió en un intento de equilibrar las cuentas públicas con ajuste fiscal. Esto último implicaba, a diferencia del Plan B&B, el ingreso de la banca acreedora en la dirección del esquema. El plan consistió fundamentalmente en la reprogramación del grueso de la deuda interna, dolarizándola a largo plazo vía la emisión del “Bonex 89” y en lograr el posicionamiento del Estado como casi exclusivo demandante de divisas a partir del excedente interno. El ajuste fiscal era, en este modelo, el determinante de los pagos de la deuda. Este plan obtuvo entre sus principales “logros” el inicio de las privatizaciones con capitalización de la deuda externa, reanudar los pagos a los acreedores y el paulatino control de las variables de coyuntura (Lozano y Feletti, 1991).

13 La primera de las privatizaciones encaradas por el gobierno se había producido el 22 de diciembre de 1989, con la privatización de los canales de televisión estatales.

14 El fin del programa económico del Ministro Erman González estuvo dado por la contradicción que supone aumentar el superávit fiscal gravando la actividad interna, la cual es, al mismo tiempo, contraída por la recesión. La única opción a este esquema es la reducción del gasto público, lo cual resulta inviable, entre otras cosas, desde el punto de vista social. Una nueva arremetida de los acreedores (en la cual, por cierto, el Swiftgate es parte integrante) que demandaron por el cumplimiento de los compromisos de pago que el gobierno no estaba en condiciones de satisfacer, dará por tierra con este modelo de “ajuste acreedor” (Lozano y Feletti, 1991).

15 Estas “rigideces”, según los neoliberales, serían aquellos elementos que entorpecerían el “libre juego” entre oferta y demanda de trabajo, tales como la presencia de los sindicatos, la “rígida” legislación laboral, la existencia de salarios mínimos, o bien las decisiones privadas de las empresas de pagar salarios por encima del punto de “equilibrio”. De acuerdo a esta concepción, el desempleo sería justamente el resultado de esta “excesiva regulación” del empleo, y por lo tanto podría ser resuelto “liberando” las fuerzas del mercado. Para una ilustración de estas propuestas ver Pessino, 1996.